

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



“Análisis del discurso político de izquierda en Latinoamérica: Pedro Castillo y la reivindicación del simbolismo de la Idea Crítica en el Perú en las elecciones generales 2021”

Tesis para obtener el título profesional de Licenciado en Ciencia Política y Gobierno presentado por:

Zárate Vargas, Jesús Humberto

Asesora:

Ilizarbe Pizarro, Carmen Margarita

Lima, 2023

Informe de Similitud

Yo, Ilizarbe Pizarro, Carmen Margarita, docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesora de la tesis titulada "Análisis del discurso político de izquierda en Latinoamérica: Pedro Castillo y la reivindicación del simbolismo de la Idea Crítica en el Perú en las elecciones generales 2021" del autor del autor Zárate Vargas, Jesús Humberto

dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 13%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 23/11/2023.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima, 24 de noviembre del 2023

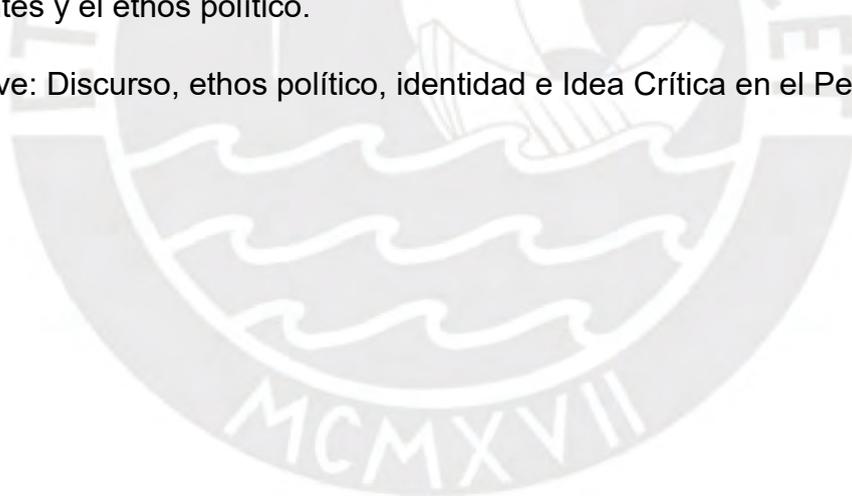
Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: <u>Ilizarbe Pizarro, Carmen Margarita</u>	
DNI: 10551081	Firma
ORCID: 0000-0002-4917-2896	

Resumen.

El profesor Pedro Castillo asumió la presidencia del Perú en el 2021, luego de ganar el proceso electoral en la segunda vuelta. Su victoria fue particularmente importante por el contexto político que el país vivía y, sobre todo, por la dimensión simbólica que esta representaba. Así pues, la contienda electoral se convirtió en un espacio donde se podían avistar las heridas históricas y las desigualdades sociales que la democracia contemporánea no había logrado subsanar. Sobre tal contexto, nuestra investigación busca estudiar uno de los elementos que logra articular en sí mismo el recuerdo histórico, la diferencia social y la política: el discurso.

El presente trabajo comprende el estudio de los discursos políticos de Pedro Castillo a lo largo del proceso electoral, es decir, dentro de la primera vuelta, la segunda vuelta y la asunción presidencial. El objetivo de dicho estudio es comprender la identidad política de Pedro Castillo expresada y materializada a través de los diferentes momentos discursivos de enunciación. Esta investigación nos orilló a situar nuestros objetivos académicos dentro de una teoría discursiva de gran tradición histórica: la idea crítica en el Perú. Así pues, mediante el análisis discursivo, intentaremos reconstruir esa identidad política afianzada y desbordada sobre cuatro elementos principales que constituyen nuestra hipótesis: la concepción histórica, lo antagónico, los significantes y el ethos político.

Palabras clave: Discurso, ethos político, identidad e Idea Crítica en el Perú.



Índice de contenidos:

Introducción.....	1
Capítulo 1. Un acercamiento al análisis del discurso político latinoamericano.....	10
1.1. Latinoamérica y el populismo: una aproximación desde el discurso.....	11
1.2. Análisis de los discursos políticos de líderes y lideresas de izquierda.....	19
Venezuela: Hugo Chávez y el espectro de Bolívar.....	19
Bolivia: Evo Morales, etnicidad y anticapitalismo.....	21
Ecuador: Rafael Correa y la Revolución Ciudadana.....	23
Argentina: Néstor Kirchner y Cristina Fernández y el fantasma de Juan Domingo Perón.....	26
1.3. Historia de la izquierda peruana, la “idea crítica” y Pedro Castillo.....	29
1.4. El discurso de izquierda en la historia del Perú.....	30
1.5. La idea crítica del Perú y la ruptura.....	33
Capítulo 2. Hacia una construcción discursiva de la identidad diferencial del sujeto.....	36
2.1. Una concepción teórica sobre el discurso populista.....	38
2.2. Sobre la identidad y la constitución del sujeto.....	43
2.3. Entre la diferencia y la equivalencia: ¿cómo se constituye una identidad social?.....	49
2.4. Sobre el ethos político y la representación.....	54
2.5. Sobre el discurso como sospecha posestructuralista.....	56
2.5.1. La idea del discurso: un enfoque lingüístico y sociopolítico.....	56
2.5.2. El análisis del discurso como herramienta metodológica.....	59
Capítulo 3. Análisis del discurso y construcción de la identidad política de Pedro Castillo.....	63
3.1. ¿Cómo fue el Perú?: la historia desde la mirada de Pedro Castillo.....	63
3.2. Hacia una reivindicación de la Idea Crítica del Perú: una lectura de la historia desde abajo.....	69
3.3. Sobre lo antagónico: entre el sufrimiento histórico y la corrupción.....	72
3.4. ¿Quién es Pedro Castillo?: una aproximación hacia el ethos político.....	76
Conclusiones.....	80
Referencias bibliográficas.....	84

Índice de Tablas:

Tabla 1. [Discursos de Pedro Castillo].....11



INTRODUCCIÓN

En una entrevista para el diario francés “Libération” en 1982, se le consulta a Pierre Bourdieu si él considera que el lenguaje debe ser el centro del análisis político. La pregunta era formulada luego de que Bourdieu (1982) presentase su concepción del poder. Respondiendo a la pregunta, Bourdieu afirma que depende de la intención con la que abordemos el estudio del lenguaje, ya sea como si su función fuese únicamente comunicativa, o como principio de poder que ejercen las palabras. La propuesta de Bourdieu sobre el estudio del lenguaje, evidentemente, parte de su concepción de poder y las dinámicas que reproduce este en la sociedad. La intencionalidad que rescata el sociólogo francés no es una propuesta vanguardista, pues, incluso desde la lingüística saussureana del siglo XIX, ya había una concepción social de la semiótica. Sin embargo, la afirmación de Bourdieu guarda especial particularidad, pues deja entre líneas la posibilidad de concebir el estudio del lenguaje como centro del análisis político.

Partiendo de la afirmación de Bourdieu, quizá beligerante para la ciencia política contemporánea, el análisis del discurso se ha convertido en una herramienta importante para entender la constitución y desarrollo de diferentes fenómenos políticos, sociales y culturales (Van Dijk, 1999). Su interés no sólo radica en los estudios de factores materiales exógenos al ser humano, sino, sobre todo, según señala Van Dijk, en las dinámicas cognitivas que reproducen los discursos hegemónicos sobre esos factores exógenos. Ahora bien, el alcance del discurso, lo que también desarrolla desde la sociología Bourdieu, no se limita sólo a la política, sino, incluso, según sugiere Zizek (2003) en su lectura del psicoanálisis de Lacan, alcanza la constitución de la psique del propio sujeto. Estas concepciones nacen, como lo hemos advertido líneas anteriores, de una renuncia radical al entendimiento del lenguaje como sistema de elementos positivos.

Las perspectivas anteriores nos permiten dar cuenta de la importancia del discurso y la necesidad de abordarlo en investigaciones sociales y políticas. Precisamente, motivado por lo anterior, el presente trabajo busca dilucidar los componentes que constituyen el discurso político en un fenómeno contemporáneo del

Perú. Para abordar el caso de estudio, es importante partir de una constante política en la primera década del siglo XX, el giro a la izquierda (Murillo, 2018 y Ulloa, 2013). Este proceso latinoamericano despertó especial interés en los espacios académicos, pues, casi en conjunto, diferentes países sudamericanos empezaron a elegir, en elecciones democráticas constitucionales, a líderes y lideresas de izquierda (Murillo, 2018 y Ulloa, 2013). Como veremos en los capítulos siguientes, los estudios sobre la estructuración de los discursos políticos destacan diferentes componentes históricos, particulares de cada país, que los constituyen. Si bien cada caso resulta específico por sus particularidades históricas, la línea discursiva general se erige en torno a la reivindicación social de grupos segregados, ya sea por la historia o por el neoliberalismo.

En el caso peruano, la identidad de los movimientos de izquierda ha ido cambiando a lo largo del tiempo, al igual que su discurso. Se ha transitado desde la idea mística de la revolución marxista hacia la aceptación de la democracia electoral y la pluralidad política (Adrianzén, 2007). Por otro lado, en paralelo a la constitución partidaria de las agrupaciones políticas de izquierdas, los maestros y maestras de tradición marxista construirían lo que, en el trabajo de Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart (1989), se conceptualiza como la “idea crítica del Perú”. Dicho concepto alude a la construcción antagónica, desde la conquista española y la derrota incaica, de un pueblo opresor y uno oprimido (Bonfiglio, 1998).

Ya entrado el siglo XXI, las discusiones sobre la izquierda en el Perú quedaban inconclusas, al igual que sus éxitos electorales. Sin embargo, salvando algunas excepciones, un momento contemporáneo cumbre para el discurso de izquierda, ya veremos en qué medida, fue la victoria electoral de Pedro Castillo en las elecciones del 2021. El triunfo de Castillo no sólo resulta interesante por el sector ideológico al que representó, pues había otros candidatos con matices políticos muy similares, sino, sobre todo, por la historia, simbolismo y grupos sociales que reivindica y representa (Asensio, 2021). Estas características combinadas han despertado diferentes emociones y reacciones en la sociedad y espacios académicos.

Entonces, un contexto con una marcada carga discursiva y simbólica muy importante constituye nuestro caso de estudio. Siguiendo en la línea, el presente trabajo busca responder la siguiente pregunta general: ¿cómo se constituyó la identidad política de izquierda en el discurso de Pedro Castillo a lo largo del proceso electoral de 2021? Además de ello, abordaremos las siguientes preguntas específicas: ¿qué relación guarda el discurso de Pedro Castillo con la idea crítica en el Perú? y ¿cómo se constituye el ethos político de Pedro Castillo?

En la sección inicial del primer capítulo nos ocupamos de recopilar algunas tesis que habían analizado los discursos políticos de líderes y lideresas que conformaron el proceso denominado: “giro a la izquierda”. La intención de esta sección radica en enmarcar los discursos dentro de una misma región que, pese a las particularidades históricas de cada país, aún comparte la tragedia colonial y muchos de los problemas contemporáneos. Así pues, varios de los elementos discursivos que recogen las tesis que analizan a los diferentes líderes y lideresas (Evo Morales, Cristina Fernández, Rafael Correa y Hugo Chávez) guardan especial similitud entre sí: la crítica al modelo económico, al establishment, al antagonismo histórico, entre otros. En las secciones siguientes del primer capítulo, nos ocupamos de abordar, brevemente, la historia de la izquierda peruana, sobre todo en el siglo XX; y propusimos una primera lectura de una de las aportaciones teóricas más importantes que ha guiado este trabajo: la idea crítica en el Perú.

El segundo capítulo comprende nuestro marco teórico y nuestra propuesta conceptual. En este punto, nos gustaría volver únicamente sobre dos conceptos que consideramos muy importantes dentro de nuestro análisis, sobre la propuesta Laclau volveremos al final de estas conclusiones: la identidad y el ethos. Primero, según detallamos de la propuesta de Stuart Hall (1996), la identidad era un concepto que necesariamente debía estar sujeto a borradura. Las críticas posestructuralistas habían logrado alejar del concepto cuando concepción esencialistas. Este fue nuestro primer punto de partida teórico del presente trabajo: descartar cualquier tipo objetivación positivista sobre la identidad. Sin embargo, pese a su naturaleza conceptual inestable, la idea misma de la identidad es indispensable para pensar cualquier caso de estudio que involucre a algún sujeto. Por ello, los aportes de la sociología, la antropología, la

filosofía y, quizá con mayor relevancia vanguardista durante el siglo XX, el psicoanálisis son fundamentales para tener una perspectiva un poco más clara de la complejidad del ser humano sin ninguna intención reduccionista.

Segundo, con especial interés en nuestro caso de estudio y en nuestra metodología de análisis, el ethos político nos permite conocer al personaje en el momento específico de enunciación del discurso. Dominique Maingueneau (2003) señala que el ethos es la representación del garante dentro del contexto discursivo. Su concepción abarca, desde las características cognitivas que lo constituyen hasta símbolos materiales que usa y reclama como propios. Esta articulación entre el personaje y los alocutarios es una relación subjetiva que involucra la historia de vida de cada persona. Es decir, la representación que un personaje pueda tener dentro de un grupo de personas en un momento de enunciación está anclada a las concepciones previas que dicho grupo haya constituido complejamente en el transcurso de su vida sobre las características que dicho personaje busca convocar. Sobre nuestro caso de estudio, la reacción frente al poder simbólico que tenía Castillo en las zonas rurales es muy distinta en comparación con otros sectores de la sociedad.

En nuestro último capítulo nos embarcamos en la tarea de revisar y analizar los discursos de Pedro Castillo para poder construir la identidad política que él nos mostró en los límites temporales que propone este trabajo.

Planteamiento del problema: la reivindicación de la historia desde Puña

“Esta vez un gobierno del pueblo ha llegado para gobernar con el pueblo y para el pueblo, para construir de abajo hacia arriba. Es la primera vez que nuestro país será gobernado por un campesino, una persona que pertenece como muchos de los peruanos a los sectores oprimidos por tantos siglos. También es la primera vez que un partido político formado en el interior del país, gana las elecciones democráticamente y que un maestro, más precisamente un maestro rural, es elegido para ser presidente Constitucional de la República. Es difícil expresar el altísimo honor que esto significa para mí.” (Discurso de asunción del Presidente de la República, Pedro Castillo, 2021)

Las líneas citadas anteriormente forman parte del Mensaje a la Nación que Pedro Castillo proclamó en su asunción presidencial el 28 de julio de 2021. Un fragmento retórico cargado de significantes con significados bastante extensos e imprecisos, pero que lograron motivar un conjunto de sensaciones y emociones diversas en la población. El discurso del ya entonces presidente de nuestro país, Pedro Castillo, rescata una suerte de reivindicación política y social de los sectores más desfavorecidos de la sociedad capitalina y, sobre todo, rural. Esta reivindicación la presenta fuertemente ligada a su condición de maestro y campesino, características que, según Asensio (2021), habrían generado representación y aceptación en muchos sectores sociales. Asimismo, como en cualquier tipo de expresión discursiva, Pedro Castillo nos presenta su lectura de la realidad social e histórica del Perú; que, pese a constituirse en la dualidad simbólica que señala la teoría política contemporánea sobre populismo, pueblo y élite (Mudde y Rovira, 2019), logra recoger esperanzas y aprecio de los sectores electorales que consolidaron su victoria (Asensio, 2021).

La cita comentada, si bien de por sí resulta interesante para el análisis por su carácter disruptivo, constituye la consumación de una larga travesía electoral cuestionada, asediada e, incluso, negada por los actores que participaron directa e indirectamente en ella. Una carrera electoral “apasionante y controvertida” (Asensio, 2021, p. 21) que determinaría a la persona que asumiría el mandato presidencial el mismo día en que, 200 años atrás, se proclamó la Independencia de nuestro país. Un acontecimiento histórico muy importante y simbólicamente representativo. Sumado al contexto político altamente polarizado, nuestro país, y demás países del mundo, llevaban casi un año y medio en cuarentena producto de una de las crisis sanitarias más difíciles y peligrosas de la historia contemporánea: la pandemia del COVID-19.

Precisamente, el contexto de pandemia, sobre todo en los primeros dos años, permitió visibilizar y agudizar muchos de los problemas sociales y económicos que jugarían un rol fundamental en la elección política de las y los ciudadanos a la hora de votar (Asensio, 2021). Según la Cepal (2021), en el 2020, América Latina fue la región más afectada por la pandemia, representando sólo el 8,4% de la población mundial, pero registrando más del 27% de los casos totales de COVID-19. Asimismo, la región enfrentó un retroceso de más de 12 años en pobreza y pobreza extrema (Cepal, 2021).

En Perú, la Cepal (2021) registró la pérdida de más de 1 millón y medio de puestos de trabajo formales y, paralelo a ello, el aumento de la informalidad. Asimismo, según el INEI (2020), durante el 2020 se dio un incremento en los precios de los productos, sobre todo los relacionados a cuidado y salud; elementos indispensables en el contexto de pandemia.

La situación de desempleo, recesión económica, restricciones en el comercio, colapso del sistema de salud, y demás consecuencias de la crisis sanitaria motivaron en algunos sectores de la población la necesidad de buscar y optar por propuestas políticas con tintes radicales. El panorama político que presentaban las encuestadoras en las semanas previas a las elecciones no eran concluyentes; los candidatos podían subir y bajar con mucha facilidad. La incertidumbre llegó a su fin con los resultados de la primera vuelta: Keiko Fujimori, hija del expresidente Alberto Fujimori y con larga trayectoria política, enfrentaría al, aún poco conocido, Pedro Castillo. Las perspectivas políticas que representaban ambos candidatos eran muy distintas; por un lado, la derecha radical de la señora Fujimori y; por otro, la izquierda radical del señor Castillo. Sin embargo, pese a las distancias en las propuestas económicas, sociales y políticas, según Asensio (2021), los dos candidatos también tenían similitudes: entender la política en blanco y negro, recelaban la libertad de prensa, la independencia de poderes, entre otros.

El resultado final de la segunda vuelta le daría la victoria a Pedro Castillo. Sin embargo, el proceso no estuvo exento de cuestionamientos y disputas. Un contexto altamente polarizado que despertó diferentes sentimientos y emociones en un país con marcadas diferencias sociales y económicas agudizadas, aún más, con la crisis sanitaria. Dichas emociones se consolidaron en una percepción de representación o rechazo hacia un candidato u otro. Pedro Castillo Terrones, oriundo de la comunidad de Puña, una localidad en la provincia de Chota en el departamento de Cajamarca, era profesor en la escuela de su comunidad, rondero, sindicalista y dirigente del Conare (González y Moscoso, 2021). En definitiva, un conjunto de características y elementos que ningún otro presidente de nuestra historia republicana ha tenido. Precisamente, el contenido discursivo e identitario que presentó Pedro Castillo en la

contienda electoral, y que constituyó un momento disruptivo en las elecciones del bicentenario, es el interés central del presente trabajo.

Justificación.

El interés por estudiar los discursos políticos en Latinoamérica se desarrolló extensamente junto a la ola de gobiernos populistas que constituyeron el momento histórico conocido como “giro a la izquierda”. Así pues, la teoría populista, de la mano de diferentes intelectuales, conceptualiza la narrativa del populismo en un discurso antagónico entre opresores y oprimidos. Sin embargo, el interés académico sólo es la respuesta a un conjunto de dinámicas sociales, antes que políticas, que se reproducen en los diferentes entornos colectivos. Precisamente, refiriendo a nuestro caso de estudio y, en gran medida, también a los diferentes contextos políticos latinoamericanos, el discurso es inherente a la actividad política misma, pero, sobre todo, a la constitución humana.

El presente trabajo busca contribuir, desde el análisis del discurso político de Pedro Castillo, al conjunto de estudios sobre análisis del discurso. La propuesta metodológica del análisis del discurso constituye una aproximación compleja a las dinámicas de interacción social y constitución de los sujetos. En ese sentido, este trabajo se enfrenta al desafío interdisciplinario de estudiar un hecho, aparentemente sólo político, desde distintas perspectivas académicas. Según señala Van Dijk (1999), esta forma de construir conocimiento es necesaria, pues intenta abordar la realidad desde la complejidad que la constituye.

Sobre nuestro caso de estudio, la victoria electoral de Pedro Castillo Terrones significó un hito muy importante para nuestra historia democrática. La dimensión simbólica que representa su imagen permitió que vuelvan a surgir discusiones culturales, consideradas como viejas por muchos, en los diferentes círculos sociales y académicos. Como señala Marco Avilés (2021), dichas discusiones siguen presentes y se reproducen en la sociedad. Dicho simbolismo de Castillo ha estado acompañado de un conjunto de ideas reformistas que se oponían a la tradición económica contemporánea de libre mercado que, sin importar su materialización, fueron ampliamente apoyadas por sectores de la población. Finalmente, más allá de los

factores mencionados, la importancia de estudiar a Pedro Castillo radica en la posibilidad de repensar la democracia desde las identidades colectivas.

Hipótesis.

Primero, la idea crítica es un concepto muy importante dentro de nuestra investigación. Sugerimos que el discurso de Pedro Castillo está constituido sobre la racionalidad histórica de la idea crítica. Sin embargo, creemos que no hay una apropiación intelectual de por medio, sino que consideramos que Castillo, debido a su historia personal y sus características identitarias, forma parte de esa misma lectura. Por lo tanto, Pedro Castillo forma parte una identidad popular que se ha constituido sobre y a través de la idea crítica.

Segundo, el antagonismo, considerando la propuesta teórica de Ernesto Laclau, es una vía analítica para aproximarse a la identidad. Los significados y las identidades se constituyen sobre aquello que no son, es decir en la diferencia con el otro. Por lo tanto, la identidad de Pedro Castillo se configura también sobre aquello que él rechaza y condena en su discurso: la corrupción y el antagonismo histórico. Esta apuesta teórica se construye sobre un razonamiento específico que buscamos desarrollar en la investigación.

Tercero, el ethos, en específico el político, nos permite conocer la forma cómo se muestra Pedro Castillo frente a sus alocutarios y cómo desea ser percibido. Este concepto, que corresponde también al posestructuralismo, nos permite entender al personaje dentro del momento mismo de enunciación.

Metodología.

El presente trabajo usa una metodología cualitativa para, a través del análisis de los discursos de Pedro Castillo, dilucidar cómo se constituye su identidad política. Según señala Teun Van Dijk (1999 y 2005), el análisis crítico del discurso es una metodología de naturaleza cualitativa. Su objetivo no es generar una extensa y sofisticada sistematización de datos o palabras, sino, por el contrario, abordar su estudio desde una perspectiva hermenéutica en un contexto establecido. Por lo tanto,

el presente trabajo usará una técnica principalmente interpretativa para hilar el discurso de Pedro Castillo con la idea crítica en el Perú, desde nuestras propuestas teóricas.

Para ello, considerando la tradición histórico-discursiva donde buscamos situar el discurso de Pedro Castillo, utilizaremos contrastaciones lingüísticas para corroborar la similaridad. Además, el análisis de la intencionalidad y de la construcción de significantes se realizará siguiendo la racionalidad argumentativa que sugiere la propuesta de la constitución del populismo de Ernesto Laclau (2005). Para esta investigación, se analizaron fragmentos de cuatro discursos señalados en la tabla de abajo. Nuestra apuesta metodológica no sugiere un estudio lingüístico de cada discurso, sino, principalmente, interpretativo y contextual.

Tabla 1.

Discursos de Pedro Castillo

Fecha	Discurso	Lugar
20 de mayo de 2021	Min regional en Ayacucho	Huamanga/Ayacucho
2 de junio de 2021	Min regional de Perú Libre	Juliaca/Puno
3 de junio de 2021	Discurso de cierre de campaña (Plaza 2 Mayo)	Lima/Lima
28 de julio de 2021	Mensaje a la Nación	Lima/Lima

Fuente: Elaboración propia sobre la base de distintos periódicos, publicaciones en redes sociales y anuncios radiales.

Capítulo 1

Un acercamiento al análisis del discurso político latinoamericano

Nuestro interés en este apartado radica en la necesidad de situar nuestro enfoque y objeto de estudio dentro de diferentes discusiones o intereses académicos previos. Nuestro afán no se inscribe en el desarrollo minucioso de propuestas teóricas ni críticas epistemológicas, ello lo dedicaremos al capítulo siguiente, sino el objetivo es recoger aquello que se ha dicho sobre tres elementos importantes: la constitución de la identidad política en Latinoamérica, el análisis de los diferentes discursos de lideresas y líderes políticos en la región y nuestra historia, es decir, aquello que se ha escrito sobre la izquierda y la idea crítica en el Perú.

Antes de iniciar con la presentación de los subcapítulos, consideramos necesario justificar la actitud de sospecha que debemos adoptar al revisar cierta literatura, particularmente, en relación al subcapítulo inmediato. Como se ha señalado previamente, el objetivo de esta investigación es entender la constitución de la identidad política de Pedro Castillo a través de sus discursos políticos durante el proceso electoral del 2021 y la asunción al mando; sin embargo, ello supone tomar postura dentro de un conjunto, temo decir indeterminado, de factores ónticos y estructuras ontológicas que logren explicar la performatividad del ser humano y, en términos freudianos, el alma de este. Por ello, frente a tal complejidad, cualquier reducción ontológica o concepción esencialista debe ser, mínimamente, víctima de sospecha.

La estructura del presente capítulo se compone de dos secciones importantes. Primero, desde una mirada regional, nos ocuparemos de recoger aquellas propuestas académicas que abordan al populismo como fenómeno político. Asimismo, presentaremos una breve recopilación de diferentes trabajos de investigación que analizan, en consonancia con nuestra propuesta, los discursos políticos de algunos expresidentes. Segundo, desde una mirada nacional, haremos una recopilación de literatura sobre dos elementos medulares para esta investigación: los discursos históricos de izquierda y la idea crítica.

1.1. Latinoamérica y el populismo como epifenómeno: una aproximación desde el discurso

Iniciaremos este subcapítulo justificando la importancia del populismo, al menos en su teorización, para este trabajo. Si bien aún no hemos presentado las características, *stricto sensu*, del discurso de Pedro Castillo, nos gustaría advertir de aquello que el lector, o no, de este trabajo se haya sentido tentado a hacer: llamar populista a Pedro Castillo. Tentación que, anecdóticamente, no pudo ser resistida por los medios de comunicación, los analistas políticos, sus adversarios y enemigos recalcitrantes y, naturalmente, gran parte de la ciudadanía. Por ello, las conclusiones de esta investigación pudieron orillarse hacia esa tendencia y trocar la constitución de una identidad compleja por una, simplemente, populista. Sin embargo, creemos que la discusión no debería centrarse, al menos por el momento, en el adjetivo, sino en el sustantivo. Así pues, habría que preguntarnos sobre qué significado se funda nuestra tentación al usar el significante en discusión: populismo.

La discusión sobre el populismo se ha ido construyendo sobre una vasta literatura académica a lo largo del siglo XX hasta nuestros días. Resulta un fenómeno muy interesante para la ciencia política y considerado, en muchos casos, una patología dentro de la democracia. Lo cierto es que muchos de los gobiernos latinoamericanos de las últimas décadas, considerados populistas, han generado mayor interés por el concepto. En otras palabras, “han puesto el concepto nuevamente en el foco de atención académica.” (Murillo, 2018, p. 166). Sin embargo, aún no es posible conceptualizar de forma determinista al populismo (Casullo, 2014), pues no hay un amplio consenso en la academia. La discusión no sólo gira entorno a sus límites, factores que lo posibilitan, herramientas, representantes, etc., sino, también incurre en su naturaleza misma y su relación con la democracia. Pese a ello, la palabra es comúnmente usada en la retórica política y en los medios de comunicación.

La relación conceptual y práctica entre el populismo y el discurso deviene en una discusión teórica sobre la naturaleza misma del populismo y Latinoamérica. María Victoria Murillo (2018) destaca dos posiciones teóricas referentes a la

conceptualización del populismo: la historicista y la discursiva. Sobre la perspectiva historicista, la autora señala que el populismo en la región ha estado constituido por un marcado carácter inclusivo de las poblaciones vulneradas por la estructura económica. Sumado a ello, propone tres factores que posibilitan las condiciones para que la población opte por liderazgos populistas. Primero, la “soberanía popular” alude a la condición de autonomía y control soberano por parte de la población, principalmente excluida (campesinos, obreros, grupos indígenas, etc.), sobre el dominio elitista (Murillo, 2018, p. 169). Este factor tiene una herencia poscolonial y se articula con el populismo en tanto este busca representar y posibilitar la fuerza emancipadora de la población a través de mecanismos electorales que legitiman el poder.

Segundo, sobre la “*debilidad estatal*”, Murillo (2018, p. 170) señala que esta imposibilita el cumplimiento de derechos básicos que son exigidos por la población. Las dificultades en la constitución poscolonial de los Estados latinoamericanos y, en términos de Cardoso y Faletto (1969), la dependencia económica han devenido en la construcción de Estados institucional y económicamente débiles. En este contexto, las demandas insatisfechas de la población eran aglutinadas por el discurso populista. Tercero, sobre la “*reacción populista*”, Murillo (2018, p. 171) destaca su naturaleza simbólica y emotiva con un fuerte carácter transformador y revolucionario de la sociedad. Este es el componente ideológico que, retóricamente parafraseado, usa la autora para justificar la conexión cognitiva entre el discurso populista y la sociedad, esta última codificada por las estructuras económicas y sociales (Althusser, 1940). La emotividad, según el texto, es la apelación a la acción política frente al tecnicismo de mercado. Esto, en términos de Chantal Mouffe (1999), es el cuestionamiento a la racionalidad universalista de la democracia liberal.

La segunda perspectiva teórica dentro de la ciencia política se desarrolla sobre la naturaleza discursiva del populismo (Mudde y Rovira, 2019). Los populismos neoliberales de los 80s y 90s exigían una nueva conceptualización de su naturaleza misma, pues las dinámicas económicas eran distintas (Navia, 2003). En este contexto, Kurt Weyland (2001) describió al populismo como un método político particular que, desarrollado en un marco democrático, busca llegar al poder y legitimarse a través del

voto popular. Sumado a ello, el autor sostiene que el populismo tiende a romper el sistema de partidos predominante, no genera una relación institucionalizada con sus electores y, sobre todo, es dependiente de la figura personalista del líder. Con esta primera apertura teórica se inicia la conceptualización discursiva del populismo, de tal forma que logre explicar las diferentes experiencias históricas en distintos continentes.

Cas Mudde y Cristóbal Rovira (2019) describen al populismo como un discurso pragmático que busca construir, de forma simbólica y retórica, un quiebre entre los dos sectores artificiales, dado que son construidos discursivamente, de la población: el pueblo y la élite. Los autores proponen la siguiente definición: “Una ideología delgada, que considera a la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el “pueblo puro” frente a la “élite corrupta”, y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general del pueblo” (p. 33). Este antagonismo discursivo, al menos en los populismos latinoamericanos, construye de forma simbólica entidades como “enemigos del líder, de la patria y de la historia” (De la Torre, 2009, p. 25). Sin embargo, es preciso resaltar que esta dicotomía en la división social es parte de una retórica discursiva, la cual, al homogeneizar ambos grupos, desconoce la naturaleza heterogénea de los mismos (Roberts, 2017).

Entonces, uno de los componentes más importantes para entender la naturaleza del populismo es el discurso. Si bien el populismo del siglo XX, desde la perspectiva historicista de Murillo (2018), intenta alejarse de la conceptualización absolutamente discursiva, no logra eliminar el discurso como herramienta política. La “*reacción populista*”, factor explicativo de la autora, cumple la misma función aglutinadora que el discurso populista del siglo XXI. Así pues, la propuesta conceptual de Mudde y Rovira (2019) se centra en la construcción simbólica de un antagonismo social; por un lado, la construcción de un pueblo que se cree es homogéneo, pues, evidentemente, el discurso suprime la pluralidad cultural y política que reside en la sociedad (Roberts, 2017); y, por otro, la construcción simbólica de un enemigo del pueblo homogéneo, comúnmente, atribuyendo el rol antagónico a las élites (De la Torre, 2009).

Ahora bien, antes de materializar nuestra actitud de sospecha frente a estos planteamientos, vamos a dilucidar el sentido ontológico y teleológico que constituye el

supuesto discurso populista. Maristela Svampa (2016), recogiendo críticamente las propuestas teóricas sobre el populismo como discurso, sugiere que la principal característica de la naturaleza del discurso populista es la vaguedad. Asimismo, existe una vacuidad irreductible en los significantes que imposibilita aprehender la realidad en términos positivos. Esto, evidentemente, supone una concepción positiva dentro del lenguaje, es decir, entre los significantes y significados. Particularmente, sospechamos que la tentación, advertida al inicio de este subcapítulo, podría situarse especialmente en esta característica: en la campaña electoral se decía que el discurso de Pedro Castillo carecía de significado, de propuestas concretas, de objetivos, en fin, era vacío.

Sobre el carácter teleológico, Svampa (2016), recogiendo críticamente el trabajo de Alain Pessin (1992), sugiere que el fin del populismo es la manipulación. Dicha manipulación, enarbolada por una retórica pareciera cuidadosamente estructurada, sugiere la mente de los alocutarios y busca reorientar aquello que siempre es importante para el poder: los ideales, los valores, lo excluible, lo importante, entre otros pilares constitutivos de la psique. La propuesta de Pessin (1992), que cobija celosamente un prejuicio engañoso sobre el cual volveremos en los párrafos ulteriores, no es un planteamiento vanguardista o aislado de lo que hemos recogido previamente; por el contrario, es un presupuesto bastante común que, gratuitamente, han atribuido los estudiosos del populismo y, más de un siglo atrás, los psicólogos de las masas al concepto en cuestión (Laclau, 2005). Para dejar en constancia la complejidad del problema, como seguramente ya se ha advertido, la disputa por la autenticidad del carácter teleológico del populismo sobrepasa ampliamente su propia naturaleza y se sitúa en los límites borrascosos de la teleología del ser humano.

En este punto realizaremos nuestra primera escisión. Sin embargo, previamente, creemos que es importante proporcionar una aclaración sobre la temporalidad de nuestras fuentes que no puede pasar por alto. En contraste con la bibliografía del autor que vamos a trabajar frecuentemente en esta investigación, Ernesto Laclau, la literatura que hemos presentado es contemporánea, inscrita en los márgenes de la segunda década de nuestro siglo. Frente a ello, en la primera sección

de *La razón populista*, el teórico argentino utiliza dos principales referencias para formular su crítica: Margaret Canovan (1981) y Guita Ionescu y Ernest Gellner (1969). Consideramos necesario mantener los abismos temporales, de casi cinco décadas en algún caso, por dos razones. Primero, porque era la literatura más cercana que teníamos, dado que, pedagógicamente, fue la vía que no se nos dio de acceso para entender al populismo. Sobre ello, podríamos preguntarnos algo que claramente no es gratuito: ¿por qué hay un acuerdo, en ciertos espacio académicos, respecto a concepciones específicas del populismo? Segundo, y es lo más importante, porque la diferencia temporal demuestra cierta continuidad en las ideas y en los presupuestos epistémicos.

En este subcapítulo no abordaremos asiduamente la teoría de Ernesto Laclau, sino solamente recogeremos las críticas específicas que realiza el autor respecto a la bibliografía presentada previamente. El primer problema que aborda Laclau (2005, p. 31) radica en la imposibilidad, o incapacidad, de la literatura de construir una definición positiva del populismo. Sobre ello, el autor se pregunta, sugerentemente, si la imposibilidad de conceptualización positiva no deriva, acaso, de una aprehensión a priori negativa de la naturaleza misma del populismo. Es decir, no nos es posible acceder a la racionalidad intrínseca del populismo, pues, previamente, se le atribuyen un conjunto de características negativas tales como ser ambiguo.....etc. En este punto, creemos que es importante echar mano de nuestro sentido común y preguntarnos por la naturaleza del significante en cuestión. Por su lado, la literatura ya hizo el trabajo por nosotros y, como hemos recogido anteriormente, lo define como ambiguo, provisto de vaguedad, impreciso, de ideología delgada y, según señala Laclau y creemos que puede ser resonante para este trabajo, de “pobreza intelectual” (p. 31).

El teórico argentino también pone énfasis en el carácter transitorio del populismo y su tendencia irreductible a la manipulación y sugestión. Estas dos últimas consideraciones son particularmente importantes, pues nos ayudan a develar los prejuicios que esconden estas formulaciones teóricas, encubiertas de planteamientos aparentemente lógicos y fácilmente observables. Antes de abordar estos prejuicios, es indispensable señalar el presupuesto normativo sobre el cual se constituye la

imposibilidad de conceptualizar al populismo en términos positivos; nos referimos, pues, a la escisión epistémica entre acción racional y acción irracional. Como señala Laclau, si creemos a priori que el populismo es materialmente incomprensible en sí mismo, y lo despojamos así de cualquier racionalidad, su degradación está garantizada.

El supuesto normativo previo, que creemos se ubica engañosamente en la literatura, trae consigo dos problemas complejos. El primero, referido a su carácter ontológico, presume, naturalmente, una concepción particular de la acción política, específicamente, en términos de racionalidad. Asimismo, esta aprehensión de la realidad debe estar sujeta a un sistema que logre discernir minuciosamente aquello que es racional de aquello que no lo es. Si aún para la literatura más aséptica esto no supone un problema, lo que sí justifica su sospecha es el trabajo de los teóricos posestructuralistas del siglo XX que, motivados por una comprensión más real del ser humano, demostraron las infinitas fuentes fisiológicas y materiales que modelan la cognición humana. El segundo problema que supone la escisión epistémica refiere al hecho de situar al populismo como un epifenómeno. Dado que el populismo carece de cualquier racionalidad inherente, este sólo puede ser un añadido de algo más; es decir, se convierte en un epifenómeno. Frente a tal paradigma, Laclau señala que las vías de salida propuestas por los distintos autores son las ya referidas: o bien adoptamos una posición histórica (Murillo, 2018) o intentamos formular una conceptualización general, pero insuficiente (Mudde y Rovira, 2019).

Laclau realiza un movimiento estratégico y vanguardista: recupera las características ontológicas señaladas por la literatura y las libera de sus prejuicios subyacentes. Es decir, debemos reafirmar la validez de los adjetivos que definen al populismo (vago, impreciso, ambiguo, carente de contenido, etcétera), pero, a la vez, sustraer el carácter peyorativo que sostiene su significado. El despojo de lo peyorativo supone, entre líneas, una propuesta muy interesante: situar las características descritas como condiciones *sine qua non* no se podría aprehender la realidad. Sobre ello, Laclau (2005) señala lo siguiente: “(...)la ‘vaguedad’ de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social? (...) ¿no sería el populismo, más que una tosca operación

política e ideológica, un acto performativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes?” (p.32).

La propuesta del teórico argentino parte de una concepción compleja del ser humano; ello implica, una superación de la escisión epistémica previa. Si se toma con relativa seriedad la propuesta del autor, se podrá advertir que no sólo es una posición teórica frente al populismo, sino, principalmente, una comprensión significativo de la realidad humana. Laclau termina su crítica problematizando dos supuestos más: la simplificación del espacio político y el populismo como mera retórica. Sobre lo primero, recordemos que en la literatura se acusaba al populismo de dividir a la sociedad en dos grupos contruidos discursivamente, es decir, constituir una escisión antagónica que agudice la confrontación en un terreno de disputa; sin embargo, esto, según Laclau, no sólo no es nocivo, sino que es necesario para que se posibilite la acción y representación política. El autor sugiere que, al menos en la actualidad, y precisamos en la temporalidad, pues quizá en un mundo totalizado por la informática esto cambie, no es viable una representación prístina de las particularidades sociales. Por el contrario, lo que sucede, paradójicamente, es una aglutinación de particularidades bajo un significante lo suficientemente representativo, veremos esto claramente en nuestro análisis discursivo en el capítulo cuatro.

El segundo supuesto del que se ocupa Laclau es la idea del populismo como retórica. Sobre este punto, debemos tener en cuenta que parte de la desestimación del populismo y su degradación a epifenómeno deviene, curiosamente, de su concepción como adorno discursivo provisto de figuras retóricas; ello supone, o al menos debería hacerlo, una normatividad sintáctica que debe regir la construcción de la correcta comunicación política. Naturalmente, todo ello es equívoco, pues no existe tal normatividad o, al menos, la literatura que refiere al populismo no la considera dentro de su estudio. Para el autor, siendo sugerente una vez más, la retórica no sólo es natural de cualquier discurso, sino que también posee capacidad explicativa en la constitución de la identidad social. Sobre ello, Laclau (2005) apunta lo siguiente: “Tomemos el caso de la metáfora. Como sabemos, esta establece una relación de sustitución entre términos sobre la base del principio de analogía.(...)Por ejemplo, los

males experimentados por diferentes sectores del pueblo van a ser percibidos como equivalentes entre sí en su oposición a la “oligarquía”. ¿Y qué es esto sino una reagrupación metafórica?” (p.34).

Como advertimos al inicio de este subcapítulo, la discusión presentada es inacabada, pues las críticas agudas que formula Ernesto Laclau se desarrollan sobre un vasto cuestionamiento a los presupuestos epistémicos que hemos abordado insuficientemente. Nos gustaría terminar este apartado reconociendo dos paradigmas que debemos tener en cuenta al enfrentarnos al desafío de estudiar el populismo o al aglutinar su significado en un adjetivo. Primero, debemos considerar que muchas de las características atribuibles al populismo descansan sobre presupuestos epistémicos que no son discutidos ampliamente por la literatura; ello conduce a la constitución de prejuicios, aparentemente, incuestionables. Creemos que este problema deriva de una paradoja previa y aún más difícil de superar. Segundo, nos referimos, pues, a la pretensión de abordar el fenómeno desde una prístina episteme. Si hay algo incuestionable en el trabajo de Laclau es su carácter interdisciplinario. Consideramos que esta actitud del autor no es gratuita, por el contrario, parte de una concepción compleja de la realidad social humana que no admite, evidentemente, conceptualizaciones reduccionistas y explicaciones simples.

1.2. Análisis de los discursos políticos de líderes y lideresas de izquierda

Venezuela: Hugo Chávez y el espectro de Bolívar

El proceso democratizador en Venezuela, al igual que en los demás países latinoamericanos, nació junto al impulso de la utopía reivindicadora que buscaba suturar las brechas sociales, eliminar la pobreza y alcanzar el desarrollo nacional (Cortés, R. et al. 2008). Sobre ello, a partir de 1958, se inicia la historia democrática venezolana y, junto a ella, un consenso de partidos políticos que constituiría un acuerdo plural y elitista denominado Pacto de Punto Fijo (Kornblith, 2003). La “*democracia puntofijista*” (Kornblith, 2003, p. 161) fue un acuerdo de 3 partidos políticos: Copei, AD y URD; que, a través del consenso y la alternancia, buscó dar estabilidad política para Venezuela. La democracia de alternancia se desarrolló junto a políticas asistencialistas y paternalista alimentadas por las rentas cuantiosas de la

extracción y exportación petrolera (Cortés, R. et al. 2008). Este contexto posibilitó la estabilidad económica, política y social, al menos en las primeras dos décadas del consenso. A partir de los años 80 empezaría el declive de la estabilidad política y económica del consenso e iniciaría el proceso de gestación para la instauración de las reformas neoliberales de la época (Kornblith, 2003).

El movimiento bolivariano vio su nacimiento en los cuarteles, alrededor de la década de los 70, tras el debilitamiento del modelo ISI (Industrialización por Sustitución de Importaciones) (López Maya, 2008). Dicho modelo había contribuido en gran parte a la aguda crisis económica de 1983 (López Maya, 2003). Luego del ascenso de Carlos Andrés Pérez al poder en 1989, se implantaron un conjunto de reformas económicas neoliberales para revertir la crisis (Kornblith, 2003). La respuesta de la población fue inmediata y se desencadenaron un conjunto de protestas sociales que devinieron en un estallido social y enfrentamiento contra el gobierno de Pérez. “El caracazo”, sucedido en dichas protestas, dejaría un saldo de más de 300 muertes e innumerables heridos. Sin duda, fue uno de los hechos más importantes de la movilización popular y la represión del gobierno (López Maya, 2008 y Kornblith, 2003).

En el contexto de crisis de los 90, a través del golpe de Estado de 1992, nace la figura del comandante Hugo Chávez Frías. El fallido golpe, si bien no logra materializar las intenciones de Chávez, generó simpatía por parte de la población y, sobre todo, reconocimiento político (Kornblith, 2003). La destitución de Carlos Andrés Pérez en 1993 terminaría con la desestabilización del ambiente político y marcaría el inicio del ascenso de Chávez. Frente a las elecciones de 1998, Hugo Chávez, liderando el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR 200), crearía una estructura electoral paralela, Movimiento Quinta República (MVR), que le ayudaría a gestar alianzas con la oposición y consolidar su victoria electoral en dichos comicios (López Maya, 2008). Dicho partido (MVR), el cual posteriormente sustituiría al MBR en los comicios electorales, tenía una naturaleza extremadamente centralizada, vertical y orientada hacia el propio Chávez (López Maya, 2008).

Un punto central en la consolidación de la imagen de Hugo Chávez en la política venezolana y en el imaginario popular fue la relación que había cultivado el ejército

desde los años 50. Según López Maya (2008), los militares provenían de familias humildes y con escasos recursos, sin embargo, tenían acceso a educación superior de calidad. Este contraste derivaba en dos situaciones importantes; primero, posibilitaba conocer vivencialmente las falencias materiales engendradas por la desigualdad a lo largo del siglo XX y; segundo, les permitía, también por la naturaleza de su oficio, conocer la corrupción patológica y decadencia de las élites política y burocráticas del acuerdo de Punto Fijo (López Maya, 2008). Sumado a ello, se reproducía la idea de un desarrollo nacional “cuyo eje central sería la industria militar y la industria pesada de bienes de capital” (López Maya, 2008, p. 15). Estas características influirían la orientación retórica de Hugo Chávez y sus decisiones en la política.

El discurso de Chávez estuvo altamente cargado de polarización y enfrentamiento entre la dicotomía populista: pueblo y élite (Hurtado, 2015). Esta concepción conflictiva de la sociedad, podría definirse como antagonismo según Chantal Mouffe (1999), no poseía un presupuesto meramente electoral, sino una larga línea histórica conectada con Bolívar. La incorporación mesiánica de la imagen simbólica de Simón Bolívar en el discurso chavista representó no sólo la continuidad retórica de aquello que el bolivarianismo había naturalizado en la política y sociedad venezolana, sino, sobre todo, una alusión a la historia pasada en busca de soluciones, inspiradas en los valores de Bolívar, frente a la crisis actual (Hurtado, 2015). Esta regresión genealógica, también impulsaba la agresión y responsabilidad a aquellos “traidores” (Cuarta República y política del puntofijismo) que habían llevado a la patria, de un momento magnífico y esplendoroso, a la miseria (Hurtado, 2015).

Sumado a ello, y como característica central de los líderes populistas, Chávez tenía especial desprecio por las instituciones. Por lo tanto, inspirado en la concepción de que el poder sólo reside en el pueblo, realizó múltiples referéndums, Asambleas Constituyentes y diferentes consultas populares para evadir los procedimientos institucionales. Sin lugar a dudas, el caso venezolano es uno de los ejemplos más completos de la constitución de un líder populista. En el caso de Chávez, no solo resaltan las características populistas (centralización del poder, personalismo,

carisma, discurso de confrontación social, evasión de instituciones, etc.) sino, sobre todo, el extenso apoyo electoral que recibió en sus primeros gobiernos.

Bolivia: Evo Morales, etnicidad y anticapitalismo.

La política boliviana, siendo hija de la conflictiva Latinoamérica del siglo XX, estuvo marcada por un conjunto de golpes de Estado, gobiernos autoritarios, revoluciones, pactos y transiciones (Ulloa, 2013). Un punto de partida necesario para explicar el fenómeno político de Evo Morales y, a través de él, su discurso, es el tránsito a la democracia en 1982 (Cunha, 2014). Según César Ulloa (2013), este proceso de inserción democrática bi-tripartidista se caracteriza por 2 momentos importantes: primero, “el Pacto por la Democracia entre MNR y ADN (1985-1989) y; [segundo], el Acuerdo Patriótico entre los partidos MIR y ADN (1990-1994).” (p. 104). El autor también señala que, pese a las distancias ideológicas de los partidos, se mantuvo la agenda neoliberal de la época (Ulloa, 2013). Sin embargo, el consenso entre los partidos no sería garantía para la estabilidad política en el país altiplánico, y los años ulteriores lo demostrarían.

Para Ulloa (2013), la crisis de la democracia pactada fue el resultado de caudillismo dentro de los partidos, falta de revisión de los acuerdos y continua pérdida de apoyo electoral en los comicios hasta el 2002. Sumado a ello, una ola de protestas sociales, en contra de la privatización de servicios básicos, se erigieron sobre los primeros años de los 2000 hasta el 2005 (Cunha, 2014). La renuncia del presidente Gonzalo Sánchez en el 2003 terminaría por sentenciar uno de los panoramas más conflictivos de la historia boliviana (Ulloa, 2013). Es importante señalar que, según lo estipulado en la Constitución de 1967, era necesario obtener la mayoría absoluta (50% +1) para alcanzar la presidencia en primera vuelta (Cunha, 2014). Sin embargo, después del retorno a la democracia en 1982, todos los presidentes habían sido elegidos en el Congreso, pues no alcanzaban la cifra electoral (Cardozo, 2006). En los comicios del 2005, Evo Morales consigue ganar las elecciones presidenciales en primera vuelta, una conquista política e histórica muy importante (Cardozo, 2006).

La victoria de Evo Morales no sólo resulta particular por las condiciones y características de la elección, la cual tuvo una participación electoral de 84% (Cardozo,

2006), sino por lo que representaba el propio Evo. Evo Morales, oriundo de una pequeña comunidad rural del departamento de Oruro (Paye, 2016), se convertiría, en el 2006, en el primer presidente indígena en asumir la dirección constitucional de Bolivia (Flores, 2017). Los matices de su discurso político están estrechamente relacionados con su propia vida y experiencia política. Sobre ello, Morales ha participado como dirigente sindicalista, presidente del Consejo Andino de Productores de Coca, diputado de Izquierda Unida, presidente del MAS (Movimiento al Socialismo), partido que le daría la victoria en las elecciones del 2005, entre otros cargos representativos (Paye, 2016). Su larga trayectoria sindical generaría, tanto en las elecciones como en el gobierno, una fuerte cercanía con los sindicatos mineros y cocaleros.

En las tesis de Juan Paye (2016) y Raykha Flores (2017) se identifican 2 ejes centrales que articulan el discurso de Evo Morales: la etnización y el anticapitalismo. Primero, con la llegada de Evo Morales al poder, Bolivia formaría parte del conjunto de países que constituyen el proceso denominado “giro a la izquierda”. Según Paye (2016), Morales caracteriza al neoliberalismo como un modelo inhumano y antinacional. Esta perspectiva, como señala el autor, está relacionada con el carácter extractivista de las empresas transnacionales (Paye, 2016), nacionalizadas en sus ulteriores gobiernos. Esta propuesta simbólica sobre la concepción del neoliberalismo internacional y nacional no es propia de Morales, sino que responde a la línea ideológica del Socialismo del siglo XXI (Ulloa, 2013). En ese sentido, siguiendo las disposiciones políticas de los demás presidentes que conformaban el Socialismo del Siglo XXI, Morales, a través de su discurso y políticas, impulsó la concepción de un Estado como actor central en la actividad económica (Paye, 2016). Esta propuesta discursiva, antes que política, relacionaba estrechamente el carácter antinacional del neoliberalismo y la defensa de los pueblos originarios que él mismo representaba (Paye, 2016).

Cuando se refiere al triunfo de Evo Morales como una conquista histórica importante, se alude, sobre todo, a la dimensión simbólica a la cual él pertenece y representa. Esta ruptura histórica se ve evidenciada y desarrollada en la famosa tesis de Fausto Reinaga (1970) sobre las 2 Bolivias. Para Reinaga (1970) (Citado por Copa,

2017), existe una Bolivia europea, formada por mestizos acriollados, y una Bolivia India, hija de los pueblos originarios y comunidades indígenas. La Bolivia europea ha esclavizado, dominado y gobernado a la Bolivia india, pese a que esta es mayoritaria en el país (Copa, 2017).

Frente a ello, Evo Morales, consciente de esta ruptura y expresión en la sociedad, articularía su discurso sobre el componente étnico que representaba (Flores, 2017 y Ulloa, 2013). En ese sentido, utilizaría “términos como ‘indígena’ y ‘originario’ (...) porque ambos denotan un proceso de recuperación de identidad y cultura propios y su relación con el territorio, del que los habitantes de Bolivia y el continente fueron despojados por los colonizadores, situación que se prolongó durante el periodo republicano” (Flores, 2017, p. 43). El discurso de Morales, inspirado por esta genealogía étnica boliviana, buscaría impulsar la eliminación de las prácticas y dinámicas racistas, promover la unión pluricultural en una sola nación y, a través de ello, garantizar su legitimidad política (Paye, 2016 y Ulloa, 2013).

Argentina: Néstor Kirchner y Cristina Fernández y el fantasma de Juan Domingo Perón

Al referirnos a la política argentina de mediados del siglo XX y ulteriores décadas del siglo XXI es imposible no aludir a la ineludible herencia simbólica de Juan Domingo Perón (Arias, 2017). Su imagen, concebida como la de héroe o villano (Arias, 2017), no quedó exenta de la huella histórica que marcaría en el justicialismo, y sus posteriores representantes en la presidencia (Arias, 2017). Sobre ello, según Marcos Novaro (2010), la caída del gobierno peronista en 1955 marcaría indeleblemente al país con la huella de la inestabilidad y el desacuerdo. Asimismo, el autor también señala que la experiencia peronista dejó a una Argentina con 2 características centrales, no vista anteriormente: “la igualdad relativa en una sociedad muy movilizadora, y la ya crónica disputa sobre las vías para formar gobiernos legítimos” (Novaro, 2010, p. 13). Sin embargo, considerando la importancia e influencia simbólica de Perón, y dada la delimitación temporal del presente trabajo, en los siguientes párrafos se abordará, brevemente, la constitución del discurso político de Cristina Fernández de Kirchner.

Después de la muerte de Perón, y el posterior derrocamiento (1976) de su esposa, María Martínez de Perón; Argentina enfrentaría una de las etapas más dolorosas de su historia contemporánea: 7 años de dictadura (Novaro, 2010). El gobierno de Jorge Videla iniciaría el proceso de control militar, siendo acusado, posteriormente, de múltiples violaciones a los DDHH. Como señala Carlos Novaro (2010), el fin de la ocupación militar en la dirección política del país iniciaría por un conjunto de imprecisiones en la toma de decisiones (autorización para la misión de la CIDH, incremento de la deuda pública y privada, privatizaciones y procesos de desindustrialización, etc.) al término y en los siguientes gobiernos posteriores a Videla. Finalmente, la derrota en la Guerra de las Malvinas terminaría por debilitar el aparato militar y, a su vez, generaría un contexto propicio para el tránsito a la democracia en 1983 (Novaro, 2010).

Raúl Alfonsín ganaría los comicios electorales del tránsito a la democracia en 1983 (Fair, 2009). Su gobierno resultó de mucha importancia, pues se crearon las comisiones de investigación para sancionar los crímenes de la dictadura militar. Sin embargo, faltando 5 meses para el término constitucional de su mandato, se ve en la obligación de renunciar, debido a la aguda crisis económica que afrontaba el país (Fair, 2009). Posteriormente, después de ganar las elecciones, asumiría el mandato presidencial Carlos Menem, representante del Partido Justicialista (Fair, 2009).

Menem, al igual que en los demás países latinoamericanos de la época, implantaría un conjunto de reformas neoliberales para poder salir de la crisis.

En este sentido, Carlos Menem reduciría el gasto público, impulsaría un proceso de apertura económica, desregularía el comercio, otorgaría beneficios a los sectores financieros, privatizaría o daría en concesión casi la mayoría de empresas estatales constituidas o nacionalizadas en el gobierno de Perón, etc. (Fair, 2009). Posterior al término del gobierno de Carlos Menem, Argentina quedaría inmersa en una profunda y aguda crisis política, sobretodo, por el escándalo del gobierno de Fernando de la Rúa (Cheresky, 2004). El término de la crisis se daría con las elecciones del 2003, donde el peronista Néstor Kirchner asume la presidencia (Cheresky, 2004).

El discurso kirchnerista, inaugurado con la victoria electoral de Néstor Kirchner, y continuado, posteriormente, por Cristina Fernández estaría constituido, según la tesis Irene Gidin (2016), por 3 dimensiones principales. Primero, según describe Isidoro Cheresky (2004), la victoria de Néstor Kirchner representó un hecho inesperado para el contexto político de la época. Carlos Menem, pese a haber obtenido el mayor porcentaje en primera vuelta, se vio obligado a renunciar a su candidatura frente a su inminente derrota. Frente a ello, Néstor Kirchner, considerado como outsider, se alza con el triunfo (Cheresky, 2004). El adjetivo de “inesperado”, usado por Cheresky (2004), no sólo hace alusión a su elección, sino al conjunto de medidas económicas, de tipo intervencionistas, que tomó frente a las reformas neoliberales de los 90. Para sostener este proceso de cambio, Néstor Kirchner impulsó un fuerte discurso, evidentemente de carácter personalista, sobre la herencia histórico-simbólica del peronismo, partido al cuál representaba, y la recuperación de la patria (Gidin, 2016).

Segundo, la recuperación simbólica de la idea peronista sería un elemento central en la constitución discursiva de Néstor Kirchner, pero, sobre todo, de Cristina Fernández (Gidin, 2016). Según señala Gidin (2016), era necesaria una reconstrucción de la idea peronista, pues, después en gobierno de Carlos Menem, el Partido Justicialista había cercanía con las medidas neoliberales impuesta por un presidente que se autodenominaba como peronista. Sobre dichas propuesta y medidas neoliberales, tanto Néstor como Cristina, se habían mostrado reacios a aceptar su continuidad (Gidin, 2016). Sobre este punto, es importante resaltar la cercanía ideológica y política de los Kirchner con los mandatarios del Socialismo del Siglo XXI.

Volviendo a la idea peronista, el discurso de Cristina Fernández impulsó una especie de evocación a la imagen de Eva Perón (Gidin, 2016). Este recurso, valorativo antes que político, delimitó los lineamientos progresistas de sus gobiernos. Por último, la tercera dimensión que destaca Gidin (2016) es la relacionada a la defensa de los derechos humanos y la condena de la dictadura militar. Como se mencionó en algunos párrafos anteriores, los años de la ocupación militar en el gobierno estuvieron marcados por desapariciones, represión, censura, asesinatos, inhabilitaciones de los

partidos políticos, entre otro tipo de violaciones a los derechos humanos (Novaro, 2010). Sobre ello, el discurso kirchnerista, aludiendo a los sectores populares que engendraron el símbolo de Perón, protege la defensa de la democracia y el respeto de la voluntad popular (Gidin, 2010).

Ecuador: Rafael Correa y la Revolución Ciudadana

El retorno a la democracia en Ecuador se realizaría a fines de los años 70 e inicios de los 80 (Ulloa, 2017). En palabras de Huntington (1994), el inicio de una “tercera ola populista de democratización” (Citado por Ulloa, 2007, p. 47). El proceso democratizador iniciaría en 1977 con un acuerdo plural entre diversos representantes de la ciudadanía; los cuales no tenían ningún vínculo partidario, ni afinidad ideológica (Ulloa, 2017). El consenso democrático, en conjunto con las Fuerzas Armadas, propuso una nueva Constitución y, con ella, el otorgamiento de derechos sociales y políticos a la población (sufragio, ley de partidos, elecciones, etc.) (Ulloa, 2017). Este proceso de cambio, al igual que en los demás países latinoamericanos que habían realizado la transición, buscó reponer la dirección del país en manos de la población civil y, de esta forma, proteger e impulsar sus derechos.

Antes de abordar la dimensión simbólica, política y discursiva de Rafael Correa es necesario, al igual que en los demás países latinoamericanos, realizar una breve descripción de la inserción de las políticas neoliberales. A partir de la década de 1980, Ecuador, progresivamente, impulsaría su inserción en la economía internacional (Martín-Mayoral, 2009). Los presidentes: Osvaldo Hurtado, León Febres y Sixto Durán configurarían políticas orientadas a favorecer a los sectores empresariales y facilitar la privatización (Martín-Mayoral, 2009). Sobre la década de los 80, continúa la aguda devaluación que venía afrontando el sucre. Sumado a ello, junto a la dependencia de la importación para cubrir algunos productos indispensables, se generó un contexto inflacionario altamente volátil (Martín-Mayoral, 2009).

Los problemas se extendieron hasta finales de los 90. En 1999, Ecuador afrontaría una de las crisis económicas más agudas de su historia. El Estado, a través de inserción de capital, intentó salvar a los sectores financieros y bancarios del país (Martín-Mayoral, 2009). Se eliminaron los subsidios públicos (gas, electricidad,

combustible, etc.), se elevó exponencialmente el déficit fiscal, creció la deuda externa y, como resultado de todo lo anterior y la agitación popular, inició un proceso de dolarización (Martín-Mayoral, 2009).

Sobre los años posteriores a la transición, este largo periodo democrático que se extiende hasta nuestros días, según Santiago Basabe (2013, p. 168), “tiene dos momentos claves: el anterior al presidente Correa y el que se inaugura con la llamada “Revolución Ciudadana”.” La proposición de Basabe (2013) no sólo indica un cambio de dirección en la política ecuatoriana después de la asunción a la presidencia por parte de Correa, sino, sobre todo, resalta la importancia de su dimensión simbólica en los años ulteriores. Sobre esto, Simón Pachano (2008) destaca cinco factores importantes que marcan el giro político impulsado por Rafael Correa. Primero, la concentración de votos en la imagen personalista de Correa. Segundo, la constitución de un gobierno con una única tendencia política, no requería de alianzas o consensos. Tercero, la separación de los grupos de poder que tomaban decisiones sobre los sectores estratégicos del país. Cuarto, la aglutinación del poder político, simbólico y legitimador del gobierno en la única imagen presidencial de Correa. Finalmente, los factores anteriores posibilitaron la ejecución de reformas económicas, políticas y la construcción de una nueva Constitución (Pachano, 2008).

Siguiendo la naturaleza del presente trabajo, y buscando explicar el éxito simbólico en su legitimación popular, es necesario detallar algunos componentes del discurso de Correa. Para Simón Pachano (2008), el éxito político del discurso de Correa radica en la confrontación con los partidos y las clases políticas tradicionales. “El uso del término partidocracia –inapropiado para una situación como la ecuatoriana pero muy efectivo en términos políticos- sintetizó esa posición” (p. 2). Por su parte, César Ulloa (2017) lo identifica como un líder carismático, con un discurso polarizador que enfrenta a la oligarquía contra el pueblo oprimido y una intencionalidad intuitiva de refundar, como referiría Correa en múltiples discurso, la “patria grande”. Estos elementos semánticos, según Ulloa (2017), se ven reflejados en sus lineamientos político-discursivos: crítica a los capitales extranjeros, evocación a la integración latinoamericana y construcción del Socialismos del siglo XXI.

En la tesis de Ángela Martínez (2014) se realiza una reconstrucción del imaginario político de Rafael Correa y sus matices cercanos con su posición ideológica, al menos en términos pragmáticos. Según la autora, la ideología de Correa constituyó un componente vanguardista en la política ecuatoriana, pues la inserción del Socialismo del Siglo XXI (Ulloa, 2017) en su discurso representó, al igual en los demás países de izquierda, una relectura de las medidas económicas intervencionistas del siglo pasado y la reivindicación simbólica de los sectores populares. En palabras del propio Correa: “Yo tengo una formación humanista de izquierda, basada en la doctrina social de la iglesia y en la teología de la liberación” (Enlace Ciudadano 170, 2010) (Citado por Martínez, 2014, p. 77). Su lectura de la teología de la liberación, quizá de forma ortodoxa, y su posición como católico influenciaron, siguiendo perspectivas estructuralistas, en su posición reacia y negativa frente a determinados temas sociales; siendo el matrimonio igualitario uno de ellos.

1.3. Historia de la izquierda peruana, la “idea crítica” y Pedro Castillo.

Después de haber recogido diferentes perspectivas sobre el espectro simbólico del discurso político de líderes y lideresas de izquierda de algunos países latinoamericanos, a continuación, vamos a abordar nuestro campo de estudio, el Perú. Antes de iniciar el desarrollo de la presente sección es necesario señalar dos cuestiones importantes. Primero, como hemos visto anteriormente, la composición del discurso político posee estrecha relación con los acontecimientos históricos que, en términos de Charles Taylor (2006), estructuran los imaginarios sociales colectivos. En ese sentido, se realizará una breve revisión histórica de la constitución de la izquierda peruana, algunos de sus principales discursos, y los hechos que marcaron puntos de inflexión.

Segundo, es necesario precisar que en los siguientes párrafos no se realizará una discusión teórica, al menos en esta primera parte, de la línea ideológica -en clave marxista- que ha tenido, y tiene, la izquierda peruana, sino, por el contrario, se busca reconstruir el imaginario social político que, juntando teoría e historia, se expresa a través de sus discursos (Van Dijk, 2005). Sobre esto, según Charles Taylor (2006), los imaginarios sociales configuraron la visión que tienen los colectivos respecto al correcto funcionamiento de su sociedad, refiriendo en línea kantiana a máximas

morales y acciones. Este imaginario social, refiere Taylor (2006), es distante de las propuestas teóricas desarrolladas por académicos. Precisamente, esta perspectiva nos resulta importante, pues, sin intención de buscar una verdad absoluta, los imaginarios son aquello en lo que la sociedad realmente piensa, siente y cree. Volviendo a la izquierda peruana, queda pendiente recoger aproximaciones que configuren ese imaginario político.

1.4. El discurso de izquierda en la historia del Perú

Según señala Osmar Gonzáles (2011), los orígenes de la izquierda peruana se remontan hacia la primera década del siglo XX. No es un caso particular, pues responde, afirma el autor, al conjunto de procesos históricos que se desarrollaban en la época (la Revolución rusa, la Revolución mexicana y la Primera Guerra Mundial). Estos acontecimientos marcarían el fin de una época, y pondrían, a su vez, en la historia que se erguía sobre el siglo XX, la agenda revolucionaria (Gonzáles, 2011).

Los principales representantes de esta izquierda germinal, según señala Gonzáles (2011), son: Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui. La herencia intelectual y partidaria de ambos pensadores se ha hecho, en mayor o menor medida, tenue en el tiempo. Sin embargo, pese a la distancia histórica, es importante señalar que el SUTEP (Sindicato Unitario de Trabajadores en la Educación del Perú), sindicato en el cual cultivó experiencia política Pedro Castillo, reivindica el legado intelectual y político de Mariátegui.

La prematura muerte de José Carlos Mariátegui dejaría una fisura, casi incurable, en la constitución de un único proyecto socialista, aludiendo al nombre del partido fundado por Mariátegui (Adrianzen, 2011 y Gonzáles, 2011). Dicha fisura se extendería a lo largo de todo el siglo XX, y debilitaría significativamente la unión de la izquierda, al menos, la partidaria (Adrianzen, 2011). El discurso de la época, con matices políticos irreconciliables entre Haya de la Torre y Mariátegui, poseía un idealismo precursor inspirado en la utopía revolucionaria (Adrianzen, 2011). Una utopía que se construía sobre la lectura del marxismo-leninismo. En esta línea discursiva, surgiría la idea de la lucha contra el imperialismo, desarrollada con mayor fuerza a mediados del siglo XX en nuestro país. Sin embargo, según detalla Carlos

Adrianzen (2011), el gran problema de esta primera izquierda prematura fue aferrarse, casi dogmáticamente, al pensamiento marxista-leninista y, ergo, asumir una postura conservadora que lo imposibilitaría a imaginar y construir un socialismo nacional inspirado en nuestra historia y cultura.

Un segundo momento de ruptura y propuesta en la izquierda peruana fueron los años 60 (Adrianzen, 2011). Los movimientos guerrilleros peruanos empezaron sus actividades armadas, aproximadamente, a mediados de 1962, y tuvieron dos grupos representativos (Béjar, 1969). Primero, una sección aprista, cansada de la falta de radicalismo del partido y del propio Haya, decidieron tomar las armas por su cuenta liderados por Luis de la Puente Uceda. Segundo, se constituyó la formación de un grupo comunista, desprendida del Partido Comunista del Perú (Adrianzen, 2011), con raíces ideológicas provenientes del leninismo soviético que se autodenominó: Ejército de Liberación Nacional (Béjar, 1969). Es importante señalar que ambos grupos fueron entrenados, tanto militarmente como políticamente, en Cuba por el régimen de Castro, así pues, se iniciaba la gestación de diversas guerrillas en Sudamérica (Béjar, 1969). Sobre esto, Carlos Adrianzen (2011) señala que la lucha guerrilla posibilitó la inserción de la idea de reivindicación campesina en el discurso revolucionario de izquierda. Sin embargo, este proceso simbólico, aparentemente forjado sobre la necesidad de construir un socialismo nacional desde el campo, respondía a la línea ideológica maoísta que impulsaba en proceso revolucionario desde el campo. Pese al componente ideológico, la idea de la reivindicación campesina desarrollaría sus raíces en los imaginarios políticos de izquierda, y se materializaría, posteriormente, en reformas (Adrianzen, 2011).

Un tercer momento significativo para la izquierda peruana y, podríamos afirmar, para la izquierda internacional es el tránsito de la política revolucionaria a la política democrática. Carlos Adrianzen (2007) sostiene que este proceso de tránsito político e ideológico inicia en la década de los 80 y termina de institucionalizarse en los 90. Para el autor, existen dos factores que caracterizan el tránsito del pensamiento y discurso político de los partidos de izquierda de la época. Primero, desde el surgimiento de la izquierda en los 20 hasta mediados de los años 70, el discurso político de izquierda se sostenía sobre una concepción antagónica en la sociedad (Adrianzen, 2007);

efectivamente, refiriendo a la dialéctica del materialismo histórico planteado por Marx. Sobre esto, si bien en los 80 la izquierda no termina por aceptar una concepción democrática liberal de la sociedad, sí logra atenuar la fijación en el conflicto y aceptar el camino electoral como vía democrática institucional. Segundo, como parte de esta apertura democrática, la izquierda de los 80 y 90 acepta la convivencia del pluralismo político, y, siguiendo este camino, se aleja del antagonismo ideológico del marxismoleninismo (Adrianzen, 2011).

Si bien, como hemos señalado en el párrafo anterior, hay un tránsito ideológico, pero sobre todo político, hacia la democracia, esta actitud corresponde a los partidos de izquierda institucionalizados; Izquierda Unidad por ejemplo (Guerra, 2011). Sin embargo, la década de los 80 también correspondería al inicio de las acciones armadas de dos grupos terroristas: Sendero Luminoso y el MRTA (Guerra, 2011). Sobre estos años dolorosos para la historia peruana, la CVR (Comisión de la Verdad y la Reconciliación) desarrollaría un extenso informe donde se analizarían las causas que propiciaron el conflicto, las acciones tomadas por los gobiernos de turno, los saldos de las víctimas, entre otros.

En los capítulos posteriores de la presente investigación volveremos con más detalle sobre la constitución del discurso y contra-discurso construido en torno al Conflicto Armado Interno (CAI). En este punto sólo vamos a detallar dos cuestiones necesarias para el desarrollo del trabajo. Primero, como señala Francisco Guerra (2011), los partidos democráticos de izquierda enfrentaron políticamente a los grupos subversivos. Esto tuvo como consecuencia el asesinato de muchos dirigentes, alcaldes, partidarios, sindicalista y líderes campesinos relacionados, principalmente a la Izquierda Unida, coalición partidaria de distintas agrupaciones de izquierda. Segundo, el CAI dejó una huella indeleble en la constitución de los imaginarios políticos. Según detalla Juan Carlos Ubilluz, siguiendo a Lacan, (2020), y haciendo referencia a José Carlos Agüero y su relación con su madre, la percepción de la pérdida en el conflicto constituye un núcleo traumático que influye directamente, a través del inconsciente, en el desarrollo de nuestro pensamiento –podríamos añadir: imaginario social-.

Un cuarto momento constituyente para el discurso de izquierda en el Perú es el gobierno de Alberto Fujimori (Adrianzen, 2007). Según Carlos Adrianzen (2007), la izquierda adoptó un discurso democrático, en contra del autoritarismo fujimorista y de su carácter clientelar. En conclusión, la construcción del discurso de izquierda, al término del siglo XX, se realiza, en palabras de Adrianzen (2007): “en torno a la ruptura tanto con el marxismo - leninismo, Sendero Luminoso y el gobierno de Fujimori y frente a las acusaciones de poca lealtad al régimen democrático se afirmará en el proyecto de “democracia deliberativa” puesto en marcha luego de la caída del régimen autoritario.” (p. 30).

Ya en el siglo XXI es difícil hablar de un discurso de izquierda desde los partidos políticos, por el contrario, por su relativo éxito electoral es necesario referirnos, al igual que en los demás casos latinoamericanos, a figuras personalistas. En este sentido, en las elecciones presidenciales del 2006, Ollanta Humala consigue el segundo lugar en los comicios electorales. Este resultado, si bien no lo llevó a la presidencia en dichas elecciones, resulta muy importante para identificar la necesidad popular de construir un nuevo discurso político (Cameron, 2009). Precisamente, en los demás países latinoamericanos ya se estaba gestando un discurso de izquierda inspirado en la lucha contra las políticas neoliberales, la viabilidad de la nacionalización y la construcción de un gobierno popular (Ulloa, 2017). Así pues, los años posteriores a las elecciones del 2006 desarrollarían un paradigma político sobre el camino económico que debe tomar el país. Como es evidente, cada perspectiva se sostiene sobre distintos discursos y máximas morales diferentes (Van Dijk, 2005).

1.5. La idea crítica del Perú y la ruptura

Como señalamos anteriormente, los discursos políticos en cada país se construyen, entre muchos otros factores, sobre lecturas específicas de la historia (Van Dijk, 2005). En los siguientes párrafos desarrollaremos dos ideas centrales que configuran, en gran medida, el imaginario social político de la historia y el proyecto futuro de la izquierda peruana. Según detallan Mariana Eguren y Carolina Belaunde (2012), las escuelas constituyen espacios fundamentales de socialización para los seres humanos. Esta proposición supone dos perspectivas interesantes para abordar la educación. Primero, la importancia del desarrollo del sistema educativo a lo largo de

la historia en nuestro país, sobre lo cual las autoras refieren ampliamente en su trabajo. Segundo, en línea con lo propuesto por Bourdieu, Althusser, Foucault, Gramsci y demás intelectuales del estructuralismo, nos permite identificar a los espacios escolares como centros de reproducción de los discursos y prácticas hegemónicas de la sociedad. Es en este sentido, refieren Eguren y Belaunde (2012), donde la tradición educativa peruana, desde la formación dialéctica de las maestras y maestros, divide en dos concepción distintas a la historia y su herencia estructural en la sociedad.

Para presentar esta concepción dicotómica de la historia peruana es indispensable recurrir al trabajo de Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart (1989). Parte del trabajo de Portocarrero y Oliart (1989), según Mariana Eguren y Carolina Belaunde (2012), se centraba en analizar la concepción de la evolución histórica y social que habían estructurado los maestros y maestras a partir de la década de los 60 (Bonfiglio, 1998), lo que conceptualizarían como “la idea crítica del Perú”. Esta conceptualización dialéctica de la historia peruana derivaba de una lectura marxista que habría proliferado en las universidades de la época (Eguren y Belaunde, 2012). Posteriormente, Gonzalo Portocarrero (2007) (Citado por Eguren y Belaunde, 2012) habría definido el dualismo discursivo como una disputa entre dos lecturas distantes que son referidas por determinados grupos que guardan mayor afinidad, sea política o cultural, con una u otra.

“Vivimos un cambio de coyuntura mental. Un período de crisis, de redefinición de las imágenes de lo que ha sido nuestro pasado y de lo que puede ser nuestro futuro. Muchos peruanos sienten que la historia oficial, con su definición del Perú como una nación occidental y cristiana, es insuficiente – cuando no encubridora– y no da cuenta de la originalidad histórica del país. Piensan que la historia del Perú tiene raíces profundas en nuestro suelo y que somos algo más que una variedad de Occidente, aunque no se sepa a ciencia cierta en qué consiste ese algo más.” (Portocarrero y Oliart, 1989, p.15)

Portocarrero y Oliart (1989) expresan con la cita anterior su interés por el objeto de estudio que analizan largamente en su trabajo académico: la narración de la historia del Perú dentro de las escuelas. La investigación, publicada hacia las últimas

décadas del siglo pasado, recoge y analiza los textos educativos históricos propuestos y desarrollados por los profesores y profesoras en las escuelas alrededor de los años 60 y 70. Asimismo, el trabajo se ocupa detenidamente de estudiar también testimonios y relatos que giran en torno a una autopercepción histórica como nación. La delimitación temporal del trabajo supera ampliamente cualquier aprehensión contemporánea sobre el país, incluso hasta 20,000 años atrás de nuestros días. La historia del Perú no inicia con las primeras culturas antes del Tahuantinsuyo; nuestra historia inicia con los primeros seres humanos que caminaron por lo que hoy es nuestra tierra, ello señalaban los profesores de la época. (Portocarrero y Oliart, 1989).

Esta lectura de la historia del Perú, fuertemente afianzada en las clases sociales desfavorecidas de la época, tuvo sus cimientos también en la formación marxista de los profesores y profesoras (Portocarrero y Oliart, 1989). Resulta imposible no encontrar la racionalidad del materialismo histórico dentro de la disputa antagónica que recoge la idea crítica. Sin embargo, no es el cientificismo o no de la tradición marxista el que dota a la idea crítica de su poder político y representativo, al menos, no dentro de las grandes mayorías que no pertenecían a los círculos intelectuales. Si nos detenemos a pensar en las elecciones pasadas, resulta indudable que un sector de la población apoyaba a Pedro Castillo por lo que él representaba en sí mismo, al margen de las estrategias políticas de la segunda vuelta. Del mismo modo, es indudable que muchos peruanos y peruanas entienden nuestra historia y su futuro en el mismo lenguaje que el de la idea crítica.

La primera narrativa, sostiene Portocarrero (2007) (Citado por Eguren y Belaunde, 2012), refiere a la idea “criolla” del país. Según el autor, la llegada de los españoles supuso el exterminio de las comunidades nativas y del imperio incaico. Este proceso devino en la construcción de una sociedad mestiza y criolla “a la que los indígenas deberían integrarse a través de la educación” (Eguren y Belaunde, 2012, p. 21). Sobre el pasado incaico, según esta narrativa, debemos guardarle particular orgullo y reconocimiento, mas no tomarlo como proyecto identitario de nación para el futuro (Portocarrero, 2007, citado por Eguren y Belaunde, 2012). Esta idea criolla u “oficial”, como refiere Bonfiglio (1998), se opondría a la conocida como “idea crítica”.

La idea crítica es una percepción de la historia del Perú desde abajo, un acercamiento político compuesto por una amalgama de emociones reprimidas de los sectores más desfavorecidos del país. Esta concepción se estructura en 2 componentes importantes: la dimensión emocional y la dialéctica marxista. Primero, según señala Giovanni Bonfiglio (1998), el sentimiento de frustración, olvido, opresión y fracaso se había escrito con tinta indeleble en la historia de las masas populares a lo largo de la historia del país. Esta noción genealógica que condenaba la explotación de los españoles en el pasado, ahora era reinterpretada por extranjeros y clases políticas privilegiadas. Segundo, como mencionan Eguren y Belaunde (2012), la idea crítica, en tanto era inspirada y construida por docentes, se constituía sobre una base intelectual de línea marxista. En términos de Bonfiglio (1998), la necesidad de poseer “una base “científica” para sustentar racionalmente una actitud que en lo esencial es emocional” (p. 181).

A continuación, se van a mencionar algunas narrativas sobre las cuales se construía la “idea crítica del Perú”; en este sentido, veremos, pues, que dichos ideales han sobrevivido en el tiempo y cobran vida en los discursos políticos actuales de izquierda. Primero, el Perú es un país muy rico en recursos naturales, principalmente de naturaleza mineral (Bonfiglio, 1998 y Eguren y Belaunde, 2012). Segundo, pese a ser un país rico, el imperialismo extranjero, a través de su superioridad económica e industrial, nos condiciona a ser un país dependiente y pobre (Bonfiglio, 1998 y Eguren y Belaunde, 2012). Sobre este punto, la crítica al imperialismo también se sitúa en la imposición cultural. Tercero, pese a la injerencia del imperialismo en nuestra economía, producción y cultura, son los gobernantes los verdaderos responsables de la crisis endémica del país (Bonfiglio, 1998 y Eguren y Belaunde, 2012). Cuarto, refiriendo a lo anterior, la ineficiencia de los gobernantes deriva de una traición a “lo nuestro”, un rechazo a la identidad auténtica y los valores nacionales (Bonfiglio, 1998 y Eguren y Belaunde, 2012). Quinto, la idea de reivindicación del imperio incaico, y su concepción de modelo de sociedad (Bonfiglio, 1998 y Eguren y Belaunde, 2012).

Finalmente, resulta necesario rescatar una afirmación que realizan Eguren y Belaunde (2012) sobre el trabajo de Portocarrero y Oliart (1989). Según las autoras, si bien la “idea crítica” nace en los espacios educativos, esta se ha expandido con gran

facilidad en los discursos políticos de dirigentes de izquierda. Ahora bien, Gonzalo Portocarrero (2007) refiere a la “idea crítica” como un conjunto de interpretaciones estereotipadas de la historia. El sociólogo, entre líneas, nos sugiere que dicha lectura puede ser cuestionada y, probablemente, no represente la realidad peruana, en hechos estrictamente históricos, de forma auténtica. Sobre esto, incluso Eguren y Belaunde (2012) sostienen que los profesores que enseñaron en las aulas, a través de la “idea crítica”, tuvieron una lectura sesgada del marxismo. Sin embargo, como propusimos al inicio del presente capítulo, esta investigación no busca dilucidar una interpretación auténtica de la historia, si es que la hubiese. Por el contrario, se tiene interés en reconstruir los imaginarios sociales que estructuran, a través de la historia, la política, la sociedad, la cultura, etc., el discurso (Van Dijk, 2005).



Capítulo 2 Hacia una construcción discursiva de la identidad diferencial del sujeto

Nos gustaría iniciar la presentación de este capítulo señalando sus limitaciones. Como advertimos en nuestro capítulo anterior, estudiar la constitución de la identidad humana supone, necesariamente, tomar postura dentro de un espectro complejo de presupuestos epistémicos. Asimismo, también señalamos que las formulaciones teóricas sobre el populismo, criticadas en el primer subcapítulo de la sección anterior, estaban desprovistas de discusiones teóricas que fijen y respalden los presupuestos epistémicos sobre los cuales se materializaban sus propuestas; por ello, desplazamos esa necesidad indispensable hacia el sentido común. Lamentablemente, este trabajo no proveerá una discusión vigorosa sobre los fundamentos que sostienen nuestros presupuestos epistémicos; pero lo que sí intentaremos es dejar en claro cuáles son esos presupuestos. Esta limitación deriva de una aún más compleja y difícil de superar; nos referimos, pues, al carácter interdisciplinario de las propuestas que recogeremos. Dado que nuestro caso de estudio es la identidad de un ser humano, la complejidad de su naturaleza relacional demanda un análisis, o al menos consideración, de las diferentes dimensiones que lo constituyen cognitivamente.

Nuestro objetivo principal en este capítulo es poder construir el camino de constitución de la identidad política de Pedro Castillo; para ello, proponemos la siguiente estructura. Primero, es indispensable situar una mínima concepción del sujeto político; por lo tanto, el primer subcapítulo se ocupará de recoger la discusión estructuralista de inicios del siglo XX buscando, de esta forma, descartar cualquier concepción de un sujeto racional prístino. La segunda y tercera sección se ocupan de formular una conceptualización individual y social de la identidad diferencial del sujeto. Esto resultará fundamental para nuestro análisis, pues Pedro Castillo no sólo es portador de una complejidad identitaria, sino, principalmente para nuestro trabajo, el representante discursivo de una tradición histórica. Por otro lado, considerando la particularidad contextual y performativa de los discursos de Pedro Castillo, nos referimos al momento electoral y su condición de candidato, es importante añadir un enfoque que recoja la importancia de la puesta en escena y su resonancia en los alocutarios. En tal sentido, nuestro cuarto subcapítulo se abocará a desarrollar el

concepto de ethos político y las implicaciones de la performatividad en el contexto de enunciación. Finalmente, debemos resaltar que la idea de discurso atraviesa todo el capítulo y resulta constitutiva para pensar los conceptos. En el subcapítulo quinto realizaremos una breve introducción al análisis discursivo como herramienta metodológica.

Antes de iniciar con la presentación de lo señalado en la estructura, creemos que es importante explicitar algunos fundamentos epistémicos sobre los cuales se funda esta investigación. En primer lugar, debemos tener en cuenta que las discusiones que circunscriben nuestros fundamentos se ubican dentro de las fronteras del estructuralismo y posestructuralismo. Así pues, la noción de identidad e identidad social que rescatamos de la literatura, principalmente del trabajo de Ernesto Laclau, deriva de la concepción vanguardista de Saussure sobre el lenguaje. Es decir, la relación entre el significante y el significado es arbitraria y se constituye negativamente. Esta posición teórica, fundamental para nuestra investigación, nos permite, a su vez, situarnos en dos supuestos medulares: primero, la idea de que toda identidad social se constituye entre la equivalencia y la diferencia (Laclau, 2005) y; segundo, que las identidades sociales sólo pueden aglutinarse en torno a la sobresignificación y la exclusión (Laclau, 2005). En segundo lugar, y considerando los presupuestos anteriores, debemos dar cuenta de que la identidad, *lato sensu*, no es un proceso cerrado y conclusivo; antes bien, es inacabado y trueca continuamente sobre sí mismo (Hall, 1996). Por ello, dado que en un contexto discursivo y, utilizando el concepto althusseriano, sobredeterminado la única forma de aprehender la realidad es de naturaleza interpretativa, las aproximaciones hacia cualquier identidad sólo pueden ser parciales y limitadas.

2.1. Una concepción teórica sobre el discurso populista

“Desde la más alejada Edad Media, el loco es aquel cuyo discurso no puede circular como el de los otros: llega a suceder que su palabra es considerada nula y sin valor, que no contiene ni verdad ni importancia, que no puede testimoniar ante la justicia, no puede autenticar una partida o un contrato, o ni siquiera, en el sacrificio de la misa, permite la transubstanciación y hacer del

pan un cuerpo (...) A través de sus palabras se reconocía la locura del loco; ellas eran el lugar en que se ejercía la separación, pero nunca eran recogidas o escuchadas" (Foucault, 2018, p. 16).

Naturalmente, las ciencias encargadas del estudio de la psique, sobre todo aquellas cuyos presupuestos epistémicos sean fisiológicos, encontrarán una respuesta material que pueda explicar el conjunto de desórdenes cognitivos que constituyen la locura. Una respuesta material que ubique el fallo en algún rincón del aparato cerebral y nos permita situar como enfermo o patológico aquel discurso desprovisto de coherencia y contextualidad. Para pensar el asunto valdría la pena leer la cita de Foucault, señalada anteriormente, de atrás hacia adelante. El discurso era la muestra material de la locura, con más precisión, la articulación de un conjunto de palabras enunciadas. Esta desarticulación de la racionalidad lingüística es la vía para lo que Foucault señala al inicio de la cita: la exclusión. Exclusión que, evidentemente, es ejercida por la sociedad y las instituciones de poder. Al margen de las implicancias fisiológicas que no corresponden a esta investigación, pensando en la percepción del lenguaje en la locura, creemos importante proponer la siguiente pregunta para encaminar el resto de la discusión: ¿es el lenguaje de la locura lo que define ontológicamente su ser o es la resonancia de este en un público?

Consideramos que situar el discurso de la locura como una expresión patológica del desorden racional quizá no corresponda radicalmente a una discusión fisiológica. Por el contrario, la discusión por la conquista de lo que es o no la racionalidad discursiva responde, en sus presupuestos epistémicos, al extenso debate del siglo XX sobre la naturaleza ontológica del ser humano. Esta discusión es particularmente importante para este trabajo, pues nos permite acercarnos a la conceptualización de la identidad; teniendo en cuenta, claro está, los procesos de significación y sobredeterminación *sine qua non* sería imposible pensarla. Volviendo a la pregunta propuesta en el párrafo anterior, señalaremos lo siguiente para acotar las posibles respuestas: en una concepción diferencial y negativa del lenguaje, es decir, que carece de relaciones positivas, el lenguaje de la locura no puede definir así mismo la racionalidad de su ser; ello sólo es posible en un proceso de exclusión. Sin embargo, en este punto se podría objetar, desde la clínica verbigracia, que el lenguaje de la

locura no desacredita radicalmente el lenguaje del sentido común de la sociedad *stricto sensu*, sino que el proceso de exclusión se impulsa exógenamente. Creemos que ello no corresponde a una investigación de esta naturaleza; aquí, lo que queremos dejar en claro es que el lenguaje del sentido común excluye intencionalmente el lenguaje de la locura.

Para aclarar la discusión, nos gustaría presentar una relación analógica entre la simbología que constituye la cita de Foucault y el significante que analizaremos en este capítulo: populismo. El trabajo del teórico francés comprende una genealogía de la locura; ello implica, una concepción epocal de la relación entre la locura y la sociedad. Ciñéndonos a la cita anterior, podemos comprender dos tipos de exclusión: la normativa y la ontológica. Sobre la primera, Foucault es claro al señalar aquellas competencias sociales, jurídicas, religiosas, entre muchas otras, que sólo quedan relegadas a cierto grupo social, excluyendo, evidentemente, a la locura. Sobre la segunda, la cita advierte de la existencia de una racionalidad discursiva. Así pues, es por el desborde o distancia frente a esta racionalidad que surge la denominación de loco, es decir, ella posibilita la exclusión. En este punto, debemos resaltar aquello que señala Foucault: es el discurso la vía de acceso a la determinación de la locura.

Ahora pensemos en la idea, llamaremos “tradicional”, del populismo: un discurso vacío que, perversamente, a través de una lectura simplificada de la sociedad, construye una escisión antagónica entre el “pueblo” y su enemigo. Entonces, ¿no hay, acaso, una relación analógica entre el populismo y la locura? analicemos esta pregunta detenidamente. Si recordamos la literatura recogida en el capítulo anterior, el populismo es desprovisto de un conjunto de capacidades: le es imposible aprehender significativamente la realidad, es incapaz de rescatar las particularidades sociales, no puede representar claramente una posición política, su discurso no es significativo, etcétera. Además, no sólo resulta ambiguo para el análisis académico, sino que es perjudicial para la acción política, pues subvierte la normatividad. Esta exclusión normativa, que creemos se hace desde la academia y parte de la sociedad, surge, como ya lo hemos señalado antes, de una concepción *a priori* excluyente de la racionalidad. De esta forma, el populismo, ya degradado a epifenómeno, es excluido también de la estructura ontológica racional.

La pregunta que abrimos en el párrafo anterior podría denominarse parcialmente respondida. Sin embargo, creemos que hay una consideración más que se debe precisar para dejar en claro la dimensión de lo que pretendemos estudiar. Entre el populismo y la locura, la incompreensión es un hilo que sutura ambos significantes, es decir, sospechamos de ellos porque no los entendemos. Esta sospecha e incompreensión podría derivar, eventualmente, en miedo. Verbigracia, ante tal “peligro”, en el caso de la locura, Foucault es muy claro: los locos son separados, aislados e ignorados. La pregunta que se desprende de esta relación analógica es evidente: considerando su carácter multitudinario y popular, ¿qué hacemos con el populismo? Anecdóticamente, Marco Avilés (2021), en plena campaña electoral, señaló que aquello que representaba Pedro Castillo producía un profundo miedo enfermizo en ciertos sectores acomodados limeños. Es interesante la lectura de Avilés, pues nos conduce a pensar en una concepción de locura más amplia, que sea popular y pueda ser representada. Este es nuestro punto de inicio de la discusión que buscamos abordar en este subcapítulo. Así pues, consideramos importante problematizar la concepción de locura, de lo racional y lo normativo.

El trabajo de Ernesto Laclau (2005) halla perspicazmente estos problemas y los devela a través de las críticas recogidas en el primer capítulo. Por ello, la propuesta del teórico argentino resulta medular para esta investigación, pues logra situar y discutir los fundamentos epistémicos de una ontología que haga justicia a la compleja realidad del ser humano, y nos provee, a su vez, de una estructura constitutiva de la identidad social. En este sentido, en los párrafos ulteriores, nos abocaremos a recoger las aproximaciones genealógicas que realiza el autor para abordar la escisión epistémica entre lo racional e irracional. La apuesta de Laclau es sumamente interesante, pues conduce el análisis de la concepción sobre racionalidad, teniendo en mente la articulación popular que sostiene al populismo, hacia la discusión del siglo XIX respecto a la psicología de las masas. Consideramos que este movimiento estratégico le permite al autor dos conclusiones importantes. Primero, demostrar que la concepción del sujeto racional, aislado de cualquier masa social, corresponde a una postura académica epocal y heredera de la Ilustración. Segundo, recogiendo el aporte de Freud, el teórico argentino da cuenta de los procesos cognitivos necesarios e

inevitables que constituyen, paradójicamente, a aquel sujeto vago y desprovisto de cualquier esencialidad cerrada. A continuación, daremos algunos detalles sobre ello.

Le Bon, psicólogo francés de finales del siglo XIX, sugirió que el comportamiento de las masas es una reacción irracional de un conjunto de individuos, multitud, que comparten cierta afinidad por un conjunto de ideas (Laclau, 2005). Sobre este punto, es importante precisar que en el pensamiento conservador de Le Bon se distingue con claridad la racionalidad, casi natural, del individuo y la irracionalidad, igualmente natural, de la colectividad. Según el autor, esta predisposición al pensamiento colectivo era la consecuencia de mecanismos de sugestión. Dichos mecanismos, articulados por un líder, se constituían por diferentes palabras que evocaban distintos significados e imágenes dentro del imaginario colectivo de la población; una suerte de conducta patológica (Laclau, 2005). Si bien Le Bon no refiere su estudio a procesos populistas, sino revolucionarios, específicamente la Revolución Francesa, la idea de la sugestión colectiva es extrapolable a la propuesta contemporánea sobre el populismo. Como señalamos en la sección anterior, Mudde y Rovira (2019) y Pessin (1992) reconocen la disposición del pueblo hacia el discurso. En este sentido, la decisión o acción colectiva queda recluida por el grupo.

Una segunda aproximación que recoge Laclau (2005) es la de Gabriel Tarde, psicólogo social francés, que parte del presupuesto epistémico de Le Bon: la racionalidad es sólo individual. Tarde sugiere que la relación entre la multitud y el líder se da en dos dimensiones: invención, que corresponde a propuestas nuevas del líder; e imitación, una forma de sonambulismo irracional de las masas. Este proceso de sugestión hipnótica responde a la valoración de pulsiones emocionales sobre ideas racionales. Sobre ello, ya planteando agudas críticas, Laclau recoge la propuesta psicoanalítica de Freud para sostener que el comportamiento de las multitudes, haciendo referencia a dinámicas populistas, no es una cuestión patológica de la sugestión, sino un acto inherentemente humano. Respecto a Freud, su propuesta rompe y rechaza el pensamiento clásico. Primero, sobre la dicotomía racional entre individuo y multitud, Freud sugiere que no hay una línea divisoria clara, pues el individuo, desde el inicio de la vida, reconoce al otro como modelo o enemigo (Laclau, 2005), precisamente, cuando surge la imagen del padre en el complejo de edipo.

Segundo, Freud considera que los estudios anteriores no lograron explicar la relación entre el individuo y la masa. Para Freud y la teoría psicoanalítica, el vínculo libidinal, el amor sexual por el otro, es una condición *sine qua non* sería imposible pensar al ser humano.

Los conceptos psicoanalíticos freudianos que aborda Laclau (2005) en su trabajo son abundantes en cuantía y complejidad. Sin embargo, creemos que recoger con asiduidad cada uno de ellos rebasa ampliamente la intención de esta investigación, pues, aunque sería útil y necesario, no realizaremos la reconstrucción del perfil cognitivo o psicológico de Pedro Castillo. A pesar de ello, es innegable el aporte de Freud a la extensa discusión sobre la psicología de las masas. Por su lado, para Laclau era indispensable recoger dicho aporte e incorporarlo en su propuesta sobre la constitución de las identidades sociales, idea fundamental para esta investigación. Asimismo, las aproximaciones que recoge el teórico argentino de Le Bon y Gabriel Tarde consideramos que son particularmente sugerentes para pensar en la forma como se concebía aquello que representaba Pedro Castillo. Finalmente, nos gustaría cerrar este subcapítulo evocando la intención primera de este apartado: superar la escisión epistémica entre racionalidad e irracionalidad. Podemos concluir, pues, señalado que el vínculo relacional, que comprende sugestión y deseo, entre el ser humano y su sociedad no sólo es excluyente, sino, sobre todo, necesario para su constitución. A continuación, dando cuenta del supuesto previo, nos abocaremos a recoger las aproximaciones teóricas sobre la constitución individual y social del sujeto.

2.2. Sobre la identidad y la constitución del sujeto.

“Surgen de la narrativización del yo, pero la naturaleza necesariamente ficcional de este proceso no socava en modo alguno su efectividad discursiva, material o política, aun cuando la pertenencia, la «sutura en el relato» a través de la cual surgen las identidades resida, en parte, en lo imaginario (así como en lo simbólico) y, por lo tanto, siempre se construya en parte en la fantasía o, al menos, dentro de un campo fantasmático.” (Hall, 1996, p.18)

Cuando decidimos embarcarnos en la tarea de estudiar el discurso de un otro cargamos también con la responsabilidad, quizá no expresada intencionalmente en

algunos casos, de conocer, delimitar y expresar su identidad. Dicho proceso está dotado de una complejidad particular, pues, más allá de la naturaleza interdisciplinaria que constituye la condición humana, debemos afrontar una posición teórica dentro de la concepción mínima que tengamos sobre la propia identidad. Así pues, específicamente en nuestro caso, los discursos de Pedro Castillo, expresados desde la intimidad y particularidad de su lenguaje, como en el caso de cualquier otro ser humano, son expresiones constituidas y que constituyen su propia identidad. Sin embargo, con ello no hemos atenuado su vaguedad, pareciera que el concepto nos resulta muy familiar, pero a la vez incómodo en tanto los límites de sus fronteras teóricas son borrosos. Por lo tanto, sin intención de hermetizar el concepto, los párrafos posteriores buscarán situar a la identidad dentro de la discusión posestructuralista como un proceso inconcluso.

El teórico de los estudios culturales, Stuart Hall (1996), recoge el concepto de identidad y, más allá de proponer una salida al conflicto teórico, sitúa el concepto dentro de la discusión, precisamente, contra la naturaleza esencialista de la identidad. Así pues, la recopilación de artículos que realizan Stuart Hall y Paul du Gay (1996) en “Cuestiones de identidad cultural” constituye un material muy importante para situar adecuadamente la naturaleza del concepto de interés. En los próximos párrafos desarrollaremos las principales ideas de la introducción del libro, que es, a su vez, el artículo de Stuart Hall (1996): ¿Quién necesita “identidad”?

El primer párrafo del artículo representa una de las ideas más importantes que sugiere Hall (1996). El autor realiza una breve recopilación de los diferentes enfoques académicos que, a través de una crítica aguda a la concepción esencialista, buscan situar la identidad dentro del paradigma posmoderno. Por ejemplo, desde la filosofía, se cuestiona la autonomía del sujeto situado en el centro de la metafísica postcartesiana (Hall, 1996). Del mismo modo, el psicoanálisis y la corriente feminista pusieron en el centro las diversas expresiones y formaciones cognitivas asociadas a un yo inconsciente incapaz de autodeterminarse y controlarse a voluntad (Hall, 1996). Por último, y de particular interés para el presente trabajo, los enfoques étnicos, raciales y nacionalistas niegan la existencia de una identidad totalizadora y homogeneizante. En este punto, el teórico de los estudios culturales plantea la

pregunta inicial de la presente sección: “¿Qué necesidad hay, entonces, de otro debate más sobre la «identidad»? ¿Quién lo necesita?” (Hall, 1996, p.13). La fórmula no nos dirige a la resolución teórica, sino, y en consonancia con nuestra propuesta de investigación sobre el concepto, a la eliminación de cualquier forma de esencialismo, unidad y origen de dicha identidad.

Stuart Hall (1996), frente a su pregunta, sugiere dos caminos de respuesta. Primero, es importante precisar la especificidad de la crítica deconstructiva del siglo XX, la señalada en el párrafo anterior. El cuestionamiento radical a la objetividad irreductible del concepto es el fin en sí mismo de la crítica. Hall (1996), siguiendo a Derrida (1981), resalta que la identidad es un concepto de borradura, una idea que es inversiva y que se reafirma en ello. Por lo tanto, dado que la conceptualización pasada, de naturaleza positivista, ha resultado obsoleta por la crítica deconstructiva, es importante presentar algo nuevo que la reemplace. Sin embargo, especificar el concepto es volver a encallar en la raíz positivista de la cual estamos rehusando. Frente a ello, Stuart Hall (1996) propone lo siguiente: “La identidad es un concepto de este tipo, que funciona «bajo borradura» en el intervalo entre inversión y surgimiento; una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto.” (p.14).

Sobre la cita inscrita hacia el final del párrafo anterior, consideramos sustancial reafirmar la última frase. La identidad, pese a la inestabilidad de su conceptualización, es una idea fundamental para pensar al sujeto y su relación con el otro. Entonces, lo que podemos afirmar con cierta seguridad, es que la identidad es un concepto necesario, pero sujeto a borradura. Ahora bien, hasta este punto, si bien se han mencionado brevemente las críticas de las corrientes teóricas del siglo XX frente al esencialismo de la identidad, aún no hemos desarrollado la formulación de una justificación. Precisamente, el segundo camino que nos muestra Stuart Hall (1996) es la justificación de la negación del carácter irreductible del concepto de identidad, es decir, contra el esencialismo positivista. Esta vía argumentativa, como veremos en el párrafo ulterior, nos acerca a nuestro caso particular de estudio, pues sitúa al discurso como eje articulador de la identidad.

Stuart Hall (1996) sugiere que los problemas que conducen a la inflexibilidad del concepto se sitúan en la función que ejerce la identidad dentro de la agencia y la política. Para el teórico jamaicano (1996), la política refiere a la significación de identidad en tanto movilización social adherida a una situación de naturaleza política. Es decir, una significación situacional, afectada por la inestabilidad del tiempo y las condiciones que ejercen sobre ella. Sobre agencia, Hall (1996) descarta la idea de un sujeto cognoscente o una identidad autodeterminada como eje central de la práctica social. Sobre ello, recogiendo la propuesta de Foucault (1970), Hall (1996) sugiere que, a fin de evitar la constitución de una conciencia trascendental como origen de la historia, es necesario abandonar la idea de un sujeto cognoscente y pensar, en cambio, en una teoría de la práctica discursiva.

La apuesta de Stuart Hall (1996), en consonancia con la de los principales teóricos posestructuralistas del siglo XX, no busca eliminar la concepción del sujeto como unidad objetiva de estudio, sino, por el contrario, sugiere la reconceptualización de este dentro del paradigma. Es decir, poner el foco del análisis sobre las prácticas discursivas que son, a fin de cuentas, las que a través de los procesos de sujeción, condicionan, invierten, constituyen, limitan o amorfizan el concepto de identidad. Por ello, nuestra pregunta de investigación por la identidad de Pedro Castillo está constituida sobre la base de sus discursos políticos y su articulación en el acto situacional. Precisamente, enfatizando en el descarte de cualquier concepción trascendental de su propia identidad, a fin de enmarcar el trabajo dentro de la práctica discursiva.

Los procesos de sujeción performativos de la identidad se consolidan en un concepto igual de sospechoso que ella misma, un concepto cuya importancia amerita dedicarle también algunos párrafos: identificación. Stuart Hall (1996) sitúa al concepto de identificación, al igual que al de identidad, dentro de la disputa teórica sobre su significación. Asimismo, señala que su abordaje requiere la revisión y discusión de aproximaciones de naturaleza discursiva y psicoanalítica. Antes de abordar brevemente ambos enfoques, Hall (1996) menciona lo siguiente: “En el lenguaje del sentido común, la identificación se construye sobre la base del reconocimiento de algún origen común o unas características compartidas con otra persona o grupo o

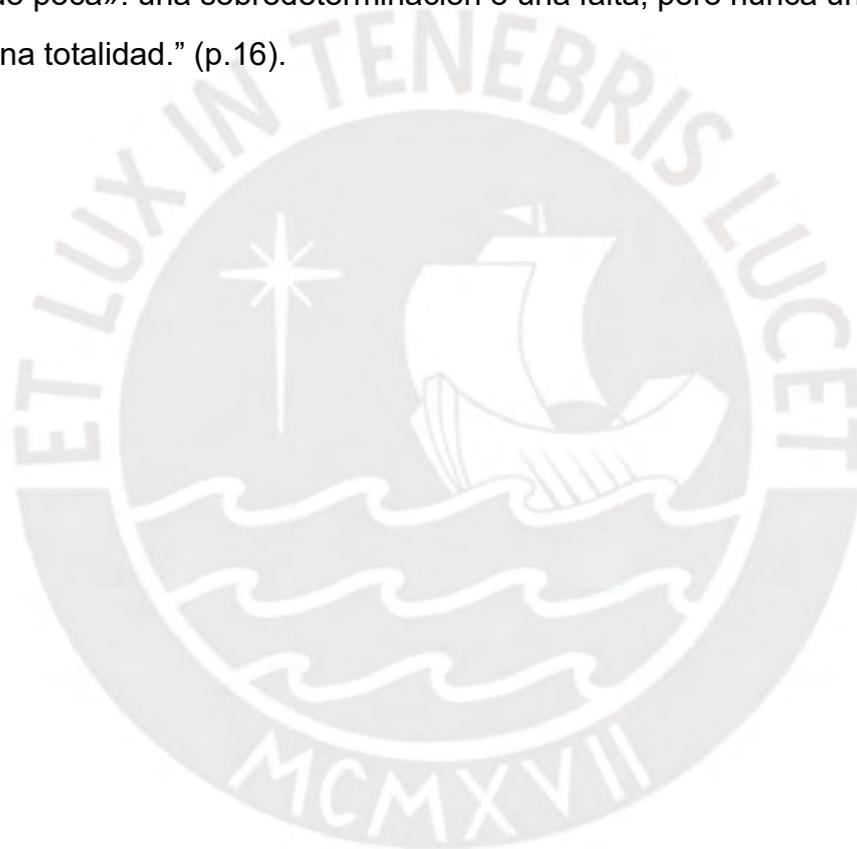
con un ideal, y con el vallado natural de la solidaridad y la lealtad establecidas sobre este fundamento.” (p. 15). Es importante precisar que el reconocimiento propio en el ideal no es un hecho inmutable, pues su contenido puede cambiar con relativa facilidad. Sin embargo, la lealtad, independientemente del contenido de la significación, es un rasgo natural de la identificación.

El enfoque discursivo, según Hall (1996), entiende el concepto de identificación como un proceso inconcluso, incompleto e inacabado: “No está determinado, en el sentido de que siempre es posible «ganarlo» o «perderlo», sostenerlo o abandonarlo.” (p.15). Si bien este proceso se sostiene y afianza en elementos materiales, entiéndase los relacionados a la economía, la clase social, la cultura, entre otros, su naturaleza contingente se mantiene. Su “solidez” se constituye sobre la base de la diferencia y, según los términos de Freud, en la fantasía. Esta construcción, siendo un proceso y no un fin, supone un estudio inacabado e inagotable de los distintos procesos humanos de identificación. Sobre nuestro caso de estudio, es importante tener en claro que nuestro presupuesto epistémico es estudiar la identidad de Pedro Castillo dentro del contexto político específico donde sus discursos se encuentran insertados. Por lo tanto, si bien algunos elementos materiales y simbólicos son constantes en su ethos político, concepto del cual nos ocuparemos en la siguiente sección, es necesario precisar la naturaleza inconclusa y volátil de nuestro caso de estudio y de cualquier otra identidad.

El enfoque psicoanalítico nos provee de un extenso repertorio de conceptos teóricos y aproximaciones clínicas que agudizan aún más la complejidad del concepto. Por las naturales limitaciones académicas de nuestro trabajo, se nos hace imposible realizar una revisión detallada de las diferentes aproximaciones teóricas de la escuela freudiana y posfreudiana. Sin embargo, destacamos su importancia trascendental para diversas investigaciones académicas cuyo objeto de estudio sea la identidad. Por lo tanto, a continuación, presentaremos un panorama general para situar a la identificación dentro del psicoanálisis. Stuart Hall (1996), recogiendo la teoría freudiana, sitúa la identificación dentro de la naturaleza ambivalente del complejo de edipo, es decir, cuando las representaciones parentales despiertan pulsiones de amor y de rivalidad (p. 16). Los procesos de identificación, precisamente, encierran

sentimientos de adoración y odio hacia el objetivo pulsional. Este contexto, nos ubica ante un otro que desea ser introyectado y poseído a la vez, una relación incrustada en el inconsciente de la cual no podemos rehuir: “[La identificación] Se funda en la fantasía, la proyección y la idealización.” (Hall, 1996, p. 16).

Finalmente, nos gustaría citar un breve fragmento del propio Stuart Hall (1996) que, a nuestro juicio, logra sintetizar todas las aproximaciones que hemos intentado desarrollar previamente: “La identificación es, entonces, un proceso de articulación, una sutura, una sobredeterminación y no una subsunción. Siempre hay «demasiada» o «demasiado poca»: una sobredeterminación o una falta, pero nunca una proporción adecuada, una totalidad.” (p.16).



2.3. Entre la diferencia y la equivalencia: ¿cómo se constituye una identidad social?

En el subcapítulo anterior presentamos no una definición teórica, *stricto sensu*, de la identidad; antes bien, desarrollamos una forma de comprender la identidad, considerando su naturaleza irresoluble. Es posible que esta aproximación resulte insuficiente, pues no logra concebir la teleología de un concepto, es decir, uno que logre aprehender y limitar claramente un fenómeno ontológico u óntico. Para solucionar este problema, que creemos es inherente al significante en cuestión, nos ocuparemos en este subcapítulo a desarrollar la idea de identidad social. Por ello, en los párrafos ulteriores recogeremos algunas ideas de la compleja propuesta de Ernesto Laclau, afín de poder entender la articulación de un discurso social. Antes de iniciar, nos gustaría proponer un ejercicio transversal a todo el apartado: considerando la naturaleza óntica de muchos argumentos, creemos que sería favorable para esta investigación utilizar como ejemplo de identidad social a la idea crítica. Esta relación, que naturalmente estará sujeta a cuestionamientos, la desarrollaremos con algo más de profundidad en nuestro capítulo de análisis.

Si bien no vamos a desarrollar con la rigurosidad que debiera la teoría de Laclau (2005), pues ello complejizaría extensamente nuestro análisis y, por lo tanto, desbordaría la intención de esta investigación, si vamos a dar cuenta de sus fundamentos. El punto de partida del teórico argentino es la concepción estructuralista del lenguaje que sugiere Saussure. Como ya es sabido, para el lingüista suizo, el lenguaje no se constituye positivamente, sino diferencialmente. Es decir, la correspondencia significativa de cualquier fonema no corresponde a una relación positiva, sino negativa: una palabra adquiere su significado de acuerdo a lo que no es. Esto permite a Saussure denominar al lenguaje como un sistema cerrado que no requiere de elementos ajenos a él para funcionar. Laclau encuentra en esta propuesta lingüística una capacidad explicativa de la realidad social. Así pues, debemos pensar que las identidades sociales, al igual que las palabras en el lenguaje, se constituyen diferencialmente. En *La razón populista*, libro referente de la propuesta de Laclau sobre el populismo, el autor analiza la constitución de una identidad social particular: el pueblo.

Iniciaremos, al igual que Laclau (2005), señalando la unidad atómica de análisis: una demanda. La demanda puede ser, indistintamente, de cualquier tipo o naturaleza: una solicitud de seguridad, una demanda por la instalación de canales de agua, la construcción de un hospital o colegio, entre otras muy diversas. Evocando el ejercicio que propusimos, pensemos en las demandas que subyacen a la idea crítica: la necesidad de instituciones públicas descentralizadas, la promoción de programas sociales, el mejoramiento de los servicios públicos, entre otras. El teórico argentino encuentra dos tipos de demandas: las democráticas y las populares (p. 99). Las primeras son las que ya hemos señalado, como es evidente, esas pueden ser o no satisfechas. Las demandas democráticas se caracterizan por permanecer aisladas, es decir, una demanda no guarda ninguna relación con la otra. Asimismo, ellas son dirigidas hacia un responsable específico: un alcalde, un regidor, un gobernador regional y similares.

Por otro lado, las demandas populares son aquellas demandas democráticas que han sido articuladas y aglutinadas bajo la lógica de la equivalencia. Según Laclau, existen dos lógicas que atraviesan el proceso articulador de constitución social: la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia (p. 104). La lógica de la diferencia corresponde a las demandas democráticas, como señalamos, ellas no están relacionadas entre sí, antes bien, su única relación es diferencial. Ahora bien, la pregunta que busca responder, en buena medida, el trabajo de Laclau es la siguiente: ¿cómo un conjunto de demandas diferenciales se transforman en una demanda popular? Este proceso, detallado minuciosamente en su propuesta, es complejo y está provisto de múltiples conceptos. Sin embargo, esta concepción teórica es de vital importancia para comprender la germinación de una identidad popular o, también valdría decir, populista. Por lo tanto, lo que presentaremos sólo será una reducción, naturalmente injusta, de su vasto trabajo.

Cuando pensamos en la idea crítica en el Perú no viene a nuestra mente, precisamente, un conjunto de demandas específicas y, aún más, el sector hacia el cual apuntan estas demandas. Esto, al menos en la teoría, nos puede sugerir que no estamos, naturalmente, frente a una demanda democrática, sino popular. Para Laclau, la discusión se resolvería relativamente rápido si las demandas democráticas fueran

satisfechas, sin embargo, ello no sucede en la realidad. El segundo vínculo que encuentran las demandas democráticas, después de la relación diferencial, es que no son, precisamente, satisfechas. Esta insatisfacción de las demandas diferenciales las ubica, paradójicamente, del mismo lado. Sin embargo, esta resolución no es gratuita, por el contrario, hay una serie de elementos que operan en proceso equivalencial. En este punto, nos gustaría proponer una pregunta que puede sugerir una aparente contradicción: si las demandas, al igual que en el lenguaje, se constituyen diferencialmente, ¿cómo es posible que se aglutinen entre sí y se expresen positivamente? Laclau sugiere que, a pesar de la alteridad radical de las demandas, su condición de equivalencia posibilita que, a través de un cierre mínimo e insuficiente, se condensen en demandas populares.

Lo que propone sugerentemente Laclau es que, al ya constituirse una cadena de equivalencia entre las demandas, es una de ellas la que asume la representación del conjunto, y se convierte en un significante vacío que disputa la hegemonía de la totalidad (p. 124). En otras palabras, una demanda particular encarna a las demás demandas particulares insatisfechas. Ahora bien, para que sea posible tal representación, la demanda inicia un proceso de ensanchamiento de su significación, abandonando, parcialmente, su particularidad. Esta es la única vía para que un significante asuma la representación de otros significantes. Si volvemos por un momento a nuestro ejemplo daremos cuenta de que la idea crítica podría ser eso: la cristalización de demandas en un significante particular. Para el teórico argentino, este proceso es inevitable dentro de lo político; por ello es que muchos planteamiento sobre el populismo, al desconocer lo anterior, resultan insuficientes y limitados. Este desplazamiento de la particularidad significativa del significante, dentro de la cadena equivalencial, es aquello que dota de un cierre a la identidad popular.

Un segundo elemento fundamental para la constitución de la identidad popular, ya anclada a un significante vacío, es la escisión antagónica. Según Laclau, considerando la propuesta de Freud, sólo es posible la constitución de una identidad social si se construye un exterior fronterizo, es decir, si se posibilita la exclusión de algo (p. 94). Ese algo es, naturalmente, aquello que imposibilita la satisfacción de las demandas. Esta posición posestructuralista es medular para pensar la humanidad

misma. Recordemos que la teoría populista revisada en el primer capítulo condenaba la escisión antagónica que, supuestamente, posibilitan los discursos populistas. Frente a ello, debemos señalar que tal escisión no sólo es inevitable, sino necesaria la constitución de una identidad social. Además de lo señalado, el teórico argentino sugiere que el corte antagónico se afianza en la concepción normativa de la realidad por parte del pueblo. Sobre ello, apunta lo siguiente: “Esto es decisivo: la construcción del «pueblo» va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente. Sin esta ruptura inicial de algo en el orden social —por más pequeña que esa ruptura haya sido inicialmente—, no hay posibilidad de antagonismo, de frontera o, en última instancia, de «pueblo»” (p .94).

Antes de terminar este apartado, que ha resultado particularmente inspirador para esta investigación, nos gustaría abordar una última cuestión sobre la constitución del pueblo o identidad popular. Según Laclau, la identidad del pueblo no es constituida en su totalidad por la negación antagónica. Antes bien, hay una esencia que no es absorbida en el proceso de sobredeterminación. Es decir, el pueblo no llega a ser, en su totalidad, la negación radical de un otro. El teórico argentino escribe lo siguiente: “(...) como la frontera antagónica involucra, como hemos visto, un otro heterogéneo que es dialécticamente irre recuperable, siempre habrá una materialidad del significante que resista la absorción conceptual. (...) El «pueblo» siempre va a ser algo más que el opuesto puro del poder. Existe un real del «pueblo» que resiste la integración simbólica.” (p. 191). Esta afirmación, que permite una suerte de agencia identitaria, nos resulta muy útil para pensar la idea crítica y su valor cultural.

Finalmente, debemos ratificar la importancia del trabajo del teórico argentino, Ernesto Laclau, para nuestra investigación. Si concebimos a la idea crítica en el Perú como una cadena equivalencial que ha constituido un pueblo, el discurso de Pedro Castillo, fijado en esta tradición histórica, puede ser entendido con mayor profundidad. Por ello, al inicio del capítulo primero, advertimos de la importancia de leer con sospecha algunos presupuestos epistémicos esencialistas y reduccionistas, pues ellos nos conducen, generalmente, a una lectura simplificada de fenómenos ampliamente complejos. Nos gustaría concluir este apartado con una cita de Laclau que creemos recoge la esencia parcial de su propuesta:

“¿Significa esto que lo político se ha convertido en sinónimo de populismo? Sí, en el sentido en el cual concebimos esta última noción. Al ser la construcción del pueblo el acto político *par excellence* —como oposición a la administración pura dentro de un marco institucional estable—, los requerimientos *sine que non* de lo político son la constitución de fronteras antagónicas dentro de lo social y la convocatoria a nuevos sujetos de cambio social, lo cual implica, como sabemos, la producción de significantes vacíos con el fin de unificar en cadenas equivalenciales una multiplicidad de demandas heterogéneas. Pero estas constituyen también los rasgos definitorios del populismo. No existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista.” (Laclau, 2005, p. 195)



2.4. Sobre el ethos político y la representación.

Desde los enfoques lingüísticos, el discurso, como acción situacional, debe ser escuchado y estudiado dentro del contexto mismo de donde surge la espontaneidad de su naturaleza. La espontaneidad, evidentemente, no excluye la posibilidad de que el discurso, entendido únicamente como un conjunto de significantes agrupados, se haya escrito e interiorizado previamente, sino, por el contrario, refiere a las características del personaje en la puesta en escena, así no haya ninguna muestra de su lenguaje. En otras palabras, la acción discursiva, como lo hemos mencionado en alguna sección anterior del presente capítulo, se compone por diversos elementos lingüísticos, cognitivos, corporales, materiales, ideológicos, entre otros. Por lo tanto, en la presente sección, nos ocuparemos de revisar un concepto que encierra y comprende todos los demás elementos discursivos que no corresponden al plano del lenguaje: el ethos. Como veremos en los párrafos ulteriores, dicho concepto nos permite entender a nuestro personaje de estudio, Pedro Castillo, desde la complejidad que constituye la acción discursiva en el contexto político en el que se inscribe nuestro trabajo.

En la tesis doctoral de Irene Gidin (2016), a quien debemos mucho por la estructura de su marco teórico, se señala que el ethos, en específico el político, representa la sutura teórica entre el análisis del discurso y la ciencia política. Es decir, el concepto nos resulta útil para reconstruir la identidad política, a partir del estudio del discurso. Siendo disciplinas distintas entre sí, pero no excluyentes, este elemento conceptual, el ethos, es muy importante, pues nos permite incorporar al análisis político diferentes herramientas interdisciplinarias. Antes de abordar, brevemente, a uno de los principales teóricos que ha trabajado el concepto, creemos necesario mencionar, a grandes rasgos, algún detalle posicional de nuestro significante. Gidin (2016), siguiendo la propuesta del estructuralista francés Roland Barthes (1974), define al ethos político como la imagen que el locutor desea proyectar a los alocutarios. En términos de Barthes (1974): “debo significar lo que quiero ser para el otro...” (Citado por Gidin, 2016, p. 55).

Dominique Maingueneau, teórico y lingüista francés, es uno de los académicos que más ha trabajado y abordado el concepto de ethos, sobre todo, desde su dimensión política. En su libro, *Términos claves del análisis del discurso*, Maingueneau (2003) nos presenta una revisión teórica del concepto y lo sitúa dentro del momento mismo de enunciación. Así pues, señala que nuestro significante en cuestión proviene de la retórica aristotélica y significa: aquella imagen que proyectaba el orador implícitamente (2003, p. 48). Es decir, la naturaleza proyectiva del ethos se constituía sobre un conjunto de características que expresa el orador como imagen enunciativa del discurso. Sobre las características, Maingueneau (2003) señala lo siguiente: "(...) adoptar cierta entonación, gestos, una postura general de hombre honesto, por ejemplo, uno no dice explícitamente que es honesto, sino que lo muestra" (p. 48). Naturalmente, se reconoce que la tipología de este proceso corresponde a un marco subjetivo e interpretativo. Sin embargo, ello no oscurece su validez, sino, por el contrario, nos ayuda a definir y explicar fenómenos discursivos complejos en situaciones de enunciación específicas.

Maingueneau (2003), recogiendo la propuesta de Ducrot (1984), sugiere que el ethos se encuentra en el orador como personaje que habla, mas no en el individuo mismo aislado del momento de enunciación. En este punto, es importante precisar que Maingueneau (2003) no descarta las características mismas del individuo en sí, es decir, apartado del momento de enunciación, sino; por el contrario, propone que esas características le dan forma significativa al orador en el momento de enunciación, con las particularidades que ello significa. Esta perspectiva, naturalmente estructuralista, supone el estudio y reconocimiento de un conjunto de factores cognitivos e identitarios del propio sujeto. A continuación, detallamos dichos factores que desarrolla Maingueneau (2003) en su propuesta de significación del ethos.

"Todo discurso, oral o escrito, supone un ethos: implica cierta representación del cuerpo de su garante, del enunciador que asume su responsabilidad." (Maingueneau, 2003, p.48). La representación del garante es, precisamente, la imagen contextualizada del orador en el momento de la enunciación. Maingueneau (2003) señala que dicha representación que articula el discurso se constituye sobre dos tipos de factores: corporales y psicológicos. Los factores corporales se construyen

por expresiones y símbolos materiales característicos del garante: vestimenta particular, manera de moverse, ademanes, forma de relacionarse con los alocutarios, gestos que enfatizan fragmentos del discurso, entre otros. Por su lado, los factores psicológicos, como naturalmente señala su nombre, se constituyen por el carácter y los rasgos cognitivos de la psique. Es importante señalar que cada característica, sea corporal o psicológica, resultará atractiva para un determinado público y, ajena para otro.

Finalmente, consideramos necesario recoger dos precisiones que nos presenta Maingueneau (2003) sobre la significación del ethos. Primero, debemos reconocer que las características corporales y psicológicas, mencionadas anteriormente, no pueden ser entendidas de forma aislada; es decir, independientemente una de la otra. Esto, debido a que la conexión entre ambas características se establece en un proceso amplio de desarrollo humano y, además, porque ambas pertenecen al mismo momento de enunciación. Finalmente, la valorización de ambas características se sujeta sobre estereotipos y prejuicios propios de las sociedades específicas donde se realiza la enunciación de discurso. Sobre nuestro caso de estudio, la recepción del discurso de Pedro Castillo, con las características corporales y psicológicas que lo definen, en la Plaza Mayor de Chota es muy distinta en contraste con alguna interacción discursiva en la capital.

2.5. Sobre el discurso como sospecha posestructuralista

2.5.1. La idea del discurso: un enfoque lingüístico y socio-político.

Afirmar que el discurso es el objeto de estudio íntimo y radical de una ciencia en particular es, eventualmente, un error. El discurso no sólo ha resultado de especial interés para las distintas ciencias sociales, las humanidades y, naturalmente, la filosofía, sino que, sobre todo, en la gran mayoría de estudios se reconoce el necesario carácter interdisciplinario que demanda el objeto en cuestión. Dicho objeto, que pareciese estar siempre bajo sospecha, es para cada ciencia en particular una vía de acceso constitutiva para entender las diferentes formas de relaciones, interacciones y expresiones humanas: el poder, la dominación, la política, la conducta, lo normativo e, incluso, las muestras más íntimas y reprimidas de nuestra psique. A finales del siglo

XIX, señalaba Freud que las palabras de los pacientes en las sesiones de asociación libre, más allá de la armonía racional que estas puedan tener entre sí, constituían la puerta de acceso al inconsciente y, por ende, la posibilidad para curar, desde el psicoanálisis, los problemas del alma.

En esta sección no tenemos como intención principal establecer las fronteras herméticas del estudio del discurso. Por el contrario, sin ningún afán de delimitar el concepto, proponemos a continuación una imagen general de lo que es el discurso, su origen, los elementos que lo constituyen, su capacidad constitutiva y su ejercicio en las relaciones sociales. Como hemos advertido al inicio del párrafo anterior, el estudio del discurso puede y debe ser abordado desde diferentes disciplinas sociales. Sin embargo, por la natural complejidad que aboca dicha labor, nos centraremos en las propuestas teóricas formuladas principalmente desde la lingüística y la teoría política. Evidentemente, cada una de estas propuestas académicas comparten conceptos y teorías generales con otras disciplinas. Finalmente, creemos que es importante precisar que un estudio del discurso comprende, inherentemente en su interior, una concepción epistémica particular sobre el lenguaje. Esto resulta importante, pues, como veremos en las secciones posteriores, influye en los procesos de constitución identitaria que se gestan, según Laclau (2005), a partir de un significante vacío. En ese sentido, el presente trabajo se ubica dentro de la semiología de Ferdinand de Saussure.

Describir el discurso como práctica social implica una relación dialéctica entre un evento discursivo particular y la situación, la institución y la estructura social que lo configuran. Una relación dialéctica es una relación en dos direcciones: las situaciones, las instituciones y las estructuras sociales dan forma al evento discursivo, pero también el evento les da forma, a ellas. Dicho de otra manera: el discurso es socialmente constitutivo así como está socialmente constituido: constituye situaciones, objetos de conocimiento, identidades sociales y relaciones entre personas y grupos de personas. Es constitutivo tanto en el sentido de que ayuda a mantener y a reproducir el statu quo social, como en el sentido de que contribuye a transformarlo (Fairclough y Wodak, 1997: 258, citado por Casalsamiglia y Tuson, 2008)

La cita de Fairclough y Wodak (1997), que rescatan Casalsamiglia y Tuson (2008) al inicio de su libro, comprende la dinámica general del ejercicio del discurso en los procesos de socialización. Este extenso entramado entre las instituciones, el poder, las situaciones comunicativas, los ethos particulares y las palabras representa todo aquello que debe ser interpretado y estudiado por el análisis del discurso. Sin embargo, a pesar de que nuestro trabajo y muchos otros más toman al discurso como objeto de estudio, este no es ajeno a la realidad más íntima y cotidiana que se va reproduciendo en cualquier espacio o situación. Según Casalsamiglia y Tuson (2008), debemos tener muy claro que el discurso es una práctica social en sí mismo y, a la vez, es un instrumento que constituye la interacción y vida social.

A continuación, mencionaremos algunos elementos lingüísticos y contextuales importantes dentro del acto enunciativo. Si bien, según señalaba Van Dijk (1999 y 2005), el análisis del discurso es una propuesta interdisciplinaria, cada discurso posee una estructura metodológica específica. Dicha estructura se compone por elementos propuestos por Van Dijk (1999 y 2005). Primero, se debe realizar un reconocimiento inicial del tema. Este proceso implica la identificación del discurso hegemónico dentro del espacio retórico del hablante. Asimismo, Van Dijk (1999, 2005) sugiere importante construir una organización de la relevancia de las proposiciones que articulan el discurso. Parte de la identificación del tema es la relación que este guarda con la percepción de la sociedad desde el hablante. En otras palabras, la identificación del tema en las proposiciones más importantes del discurso está ligada, inherentemente, a una concepción específica de la sociedad o de los grupos sociales aludidos en el tema.

Segundo, cada proposición, dentro de un discurso, corresponde a un momento específico, por lo tanto, es importante reconstruir su estructura para identificar la intensidad e intención de cada proposición. Van Dijk (1999 y 2005) sugiere la construcción de un esquema discursivo para identificar la frecuencia con la que se repiten ciertas proposiciones, su ubicación dentro del discurso y su articulación semántica. Tercero, es necesario determinar la ubicación donde se realiza el discurso para establecer la relación con los esquemas mentales locales. Van Dijk (1999 y 2005) señala que la construcción de los discursos se erige sobre hechos específicos, por lo

tanto, su ubicación guarda relación con su contenido. Por otro lado, según detalla la teoría sobre el análisis del discurso, este adquiere coherencia y sentido en tanto es escuchado por un receptor.

Cuarto, a nivel lingüístico, es necesario detallar las estructuras léxicas y sintácticas y su forma de articular las proposiciones dentro del discurso (Van Dijk, 1999 y 2005). Regresando al punto anterior, el autor señala que las estructuras lingüísticas pueden variar también de acuerdo a los esquemas mentales de las sociedades de cada ubicación. Este paso también permite identificar el sentido semántico de determinados significantes; volveremos con más detalle sobre ello más adelante. Quinto, la construcción discursiva es muy rica en elementos retóricos, eufemismos, metáforas, símiles, expresiones poéticas, etc. (Van Dijk, 1999 y 2005). Por lo tanto, es preciso recoger estos elementos para entender cómo se dinamizan con los temas de las proposiciones más importantes. Sobre ello, Van Dijk (1999 y 2005) sugiere que estos recursos del lenguaje no difuminan o diluyen el significado, sino, por el contrario, enfatizan el mismo.

Sexto, cada proposición dentro del texto corresponde a una intencionalidad específica por parte del emisor. Como ya hemos señalado anteriormente (Mouffe, 1993; Van Dijk, 1999; etc.) la acción discursiva es, principalmente, una expresión de la identidad. Sin embargo, como en cualquier acción comunicativa, la intencionalidad es la que motiva al hablante a expresarse. Van Dijk (1999 y 2005) señala que identificar una amenaza, un elogio, una reivindicación o una ratificación sólo es posible si se analiza directamente el texto (el discurso) en su contexto específico. Sétimo, el control del emisor de su propio discurso es importante para ubicar su estilo retórico. Dicho estilo puede estar conformado por: selección de turnos, orden de las proposiciones, énfasis en ciertos temas, entre otros (Van Dijk, 1999). Sobre este punto, es necesario precisar que muchos de los elementos no son factores configurados premeditadamente, que no corresponden a una estructura previa, sino que son expresiones naturales de la identidad.

2.5.2. El análisis del discurso como herramienta metodológica.

Teun Van Dijk (1999) señala, reconociendo casi de forma heroica, que el trabajo de los analistas del discurso radica en el rescate de la tradición intelectual que rechaza la viabilidad de una producción científica libre de valores. La afirmación del autor, una perspectiva intelectual antes que una crítica, nos presenta la esencia misma del análisis del discurso. Según Gerardo Gutiérrez (2004), el discurso no es una representación exacta de la realidad, sino, sin hacer énfasis en la intencionalidad, es la reconstrucción o fortalecimiento de las diferentes interpretaciones y percepciones que se reproducen dentro, y hacia, esa realidad (Citado por Núñez, 2020). Sobre ello, pareciese que ambos autores sugieren, desde una perspectiva lacaniana, una lectura simbólico-estructural de la realidad. Sin embargo, el análisis del discurso, como método, en su relación con el discurso mismo no sólo constituyen una mirada desde el desarrollo de la psique hacia el mundo, sino una posibilidad de (de)construir los discursos de poder hegemónicos que, desde Derrida, configuran el sentido común (Van Dijk, 2005).

La relación hermenéutica desde el análisis del discurso hacia el discurso mismo deriva de la condición semiótica que adquiere el lenguaje en su representación e interpretación social. Sobre ello, según Tanius Karam (2005), es necesario delimitar la diferente entre los estudios del discurso (ED) y la teoría del discurso (TD) (Citador por Mendizábal, 2019). Para el autor, la teoría del discurso supone un acercamiento conceptual y teórico a las dinámicas sociales, marcos ideológicos y normativos donde se desarrolla naturalmente, o artificialmente, el discurso (Mendizábal, 2019). Por otro lado, los estudios del discurso corresponderían a un análisis empírico, contextual y documentado de diferentes expresiones lingüísticas, estéticas, escritas, en fin, discursivas; a través de una metodología de análisis (Mendizábal, 2019).

Volviendo a la imposibilidad de la producción científica libre de valores, proposición inicial de Van Dijk, es preciso desconocer la objetividad del lenguaje y (re)conocer el contexto histórico donde se reproducen las dinámicas sociales discursivas y el propio lenguaje. Según Flowerdew & Richardson (2018), los estudios críticos del discurso (ECD) constituyen un “campo heterogéneo de teorías, métodos y herramientas analíticas que (...) [estudian] las dimensiones discursivas, semióticas y lingüísticas de la realidad social y, de forma específica, los usos y funciones del

lenguaje en los procesos/eventos que estructuran las sociedades capitalistas actuales” (Citado por Palacios et al., 2019, p. 6). Esta nueva perspectiva, que añade el componente crítico, nos permite entender el desarrollo del discurso dentro de la dinámica social, económica y cultural; una mira que nos acerca a América Latina.

Precisamente, para estudiar el discurso a través del lenguaje, es preciso reconocer la dimensión semiótica y su relación en la sociedad. En el trabajo de Michel Foucault, los discursos se construyen en un marco jerárquico constituido por el poder. Estos discursos logran delimitar y posibilitar aquello que está, o no, permitido en la sociedad (Palacios et al., 2019). Entonces, se añade al discurso no sólo como una forma de expresión oral, sino como una condición imposibilitadora de ciertas dinámicas en la sociedad.

El análisis del discurso, como herramienta metodológica, posee un componente interdisciplinario indispensable en su análisis. Sin embargo, se ha desarrollado un enfoque específico desde la sociología, la lingüística, la psicología e, incluso, la ciencia política (Mendizábal, 2019). El trabajo de Urrea, Muñoz y Peña (2013), siguiendo la teoría de Phillips y Hardy, propone la división de cuatro perspectivas teóricas para el análisis del discurso. Primero, el análisis social lingüístico, el cual desarrolla su trabajo en la estructura del texto mismo y su construcción (Urrea et al., 2013). Segundo, el análisis del estructuralismo interpretativo recurre al contexto social y la hegemonía discursiva que lo constituye (Urrea et al., 2013). Tercero, el análisis lingüístico crítico refiere al estudio de las estructuras de poder que subyacen dentro de propio texto o discurso (Urrea et al., 2013). Finalmente, el análisis crítico del discurso propone una aproximación crítica al estudio y desarrollo de los discursos hegemónicos que constituyen las relaciones de poder en la sociedad (Urrea et al., 2013, Van Dijk, 1999).

Independientemente de la perspectiva que se use como supuesto metodológico para el análisis del discurso, Van Dijk (1999) señala que hay una brecha teórica, de naturaleza epistémica, que requiere ser suturada para explicar no sólo el contenido del discurso, sino, sobre todo, la constitución de los sujetos a través del discurso. Este corte epistémico forma parte de la extensa discusión entre las relaciones institucionales y su influencia en las interacciones sociales. En otras palabras, en

términos de Van Dijk (1999), una discusión entre el macro y micro nivel. Sobre ello, es importante mencionar que la tradición marxista se ha desarrollado ampliamente sobre las dinámicas de dicha relación dual. Por lo tanto, en párrafos ulteriores, abordaremos brevemente el pensamiento posmarxista de Althusser, y su propuesta de interpelación de los sujetos ante los aparatos ideológicos; perspectiva teórica que establece una relación constitutiva entre el macro y micro nivel.

Regresando a Van Dijk (1999), el autor sugiere, al igual que en la línea marxista, que la relación siempre es un “constructo social” (p.25). Para sostener la afirmación, Van Dijk (1999) propone un conjunto de aproximaciones epistémicas sobre el orden, el poder y la interacción entre y desde la sociedad. Primero, el autor plantea la concepción más mínima: todo sujeto pertenece a un grupo, de forma más precisa, a un orden social (Van Dijk, 1999). La pertenencia a un grupo, sugiere Van Dijk (1999), implica la interiorización de sus conductas, costumbres, tradiciones, lenguaje, etc. La propuesta resulta muy interesante, pues líneas más abajo, Van Dijk (1999) señala: “(...) si actúan en tanto miembros de un grupo, es entonces el grupo el que actúa a través de uno de sus miembros” (p.25). La proposición, con fuerte influencia desde la psicología y el psicoanálisis, suscribe una construcción mutua entre los sujetos y las instituciones a las que pertenecen.

Segundo, siguiendo el primer acercamiento, Van Dijk (1999) sugiere que las acciones individuales forman parte de un proceso general complejo. Por ejemplo, la redacción de un columnista de periódico forma parte del proceso de construcción y edición de los periódicos dominicales (Van Dijk, 1999). De igual forma, todas las acciones pertenecen a ciertas y diversas estructuras definidas. Incluso, las acciones ejercidas por el placer o cualquier sentimiento forman parte de una estructura normativa de cada sociedad. Tercero, la acción de cada sujeto es una respuesta y se desarrolla dentro de un contexto social determinado (Van Dijk, 1999). El contexto no sólo demanda un conjunto de acciones determinadas, sino que también predice la intensidad de las mismas. Cuarto, Van Dijk (1999), con particular énfasis, rescata la dimensión cognitiva que se construye dentro de la sociedad. Esta perspectiva, en línea muy cercana a las propuestas de Charles Taylor y Benedict Anderson, concibe la constitución cognitiva de los sujetos a partir de la construcción imaginaria y, en

términos de Lacan, la fijación sobre el otro.

Capítulo 3 Análisis del discurso y construcción de la identidad política de

Pedro Castillo

3.1. ¿Cómo fue el Perú?: la historia desde la mirada de Pedro Castillo.

*Vengan todos a ver
¡Ay, vamos a ver!
Vengan hermanos a ver
¡Ay, vamos a ver!
En la Plazuela de Huanta,
Amarillito flor de retama,
Amarillito, amarillando Flor de retama.* (Canción Flor de Retama, de Ricardo Dolorier Urbano, cantada en el mitin de Pedro Castillo en Huanta-Ayacucho, 2021)

Pedro Castillo Terrones, profesor, sindicalista y entonces candidato a la Presidencia de la República, abriría su mitin en Ayacucho, el 20 de mayo de 2021, cantando la célebre canción: “Flor de Retama”; compuesta por el laureado maestro Ricardo Dolorier Urbano e inmortalizada por la voz de Martina Portocarrero. Precisamente, en el corazón de la histórica ciudad de Huanta, las y los oyentes del mitin entonaron junto a Pedro Castillo el primer fragmento de la canción. La melodía, cantada con el quiebre característico de la voz de Martina Portocarrero, inundó el ambiente, naturalmente político, de historia, recuerdo y memoria. Atributos que Castillo buscaría afianzar y recordar en su discurso. Dicho discurso forma parte un largo repertorio de viajes alrededor del país que emprendería Pedro Castillo para fortalecer su compromiso político, luego de lograr pasar a la segunda vuelta electoral ocupando el primer lugar, con un porcentaje cercano al 18%.

En esta primera sección, sobre el análisis del material empírico, nos ocuparemos de recoger y abordar aquellos fragmentos discursivos que nos presenten una lectura de la historia del Perú desde la mirada de Pedro Castillo. Los fragmentos

que presentaremos a continuación forman parte de diversos contextos de enunciación dentro del margen electoral establecido, desde la primera vuelta hasta la asunción a la Presidencia de la República. Asimismo, la tipología discursiva está compuesta por mítines y mensajes televisivos. Como veremos en los párrafos ulteriores, el discurso de Pedro Castillo nos propone una lectura inductiva de la historia. Es decir, reconstruir los grandes acontecimientos históricos desde las historias de vida particulares de sus protagonistas. Esto, en ningún sentido resta importancia a los grandes procesos políticos, pues él reconoce que son aquellos los que han dado forma a la realidad. Sin embargo, precisa en la vida personal, en el sufrimiento íntimo, en las historias melancólicas y en los recuerdos de aquellas y aquellos con mayor edad para reafirmarse a su lado y ratificar su pertenencia y su fuerza representativa.

Pedro Castillo inicia el Mensaje a la Nación del 28 de julio con una lectura específica de la historia de nuestro país y nuestra constitución como nación. El fragmento citado posteriormente recoge uno de los cuatro momentos históricos importantes que, según el lenguaje del ya entonces presidente de la República, pareciera que lleva en sus venas el antagonismo. Antagonismo que, según el discurso de Castillo, se extiende hasta nuestros días. A continuación, revisaremos, brevemente, la construcción de estos cuatro momentos y el sentido antagónico que encuentra Castillo en la historia del Perú.

“Me dirijo a ustedes este simbólico día en el que se cumplen 200 años de la declaratoria de la independencia del Perú, dos siglos de vida republicana. Es un inmenso orgullo para mí estar aquí hoy. Pero a pesar de que conmemoramos una fecha tan simbólica, nuestra historia en este territorio viene de mucho más atrás. Somos cuna desde hace cinco mil años de civilizaciones y culturas trascendentales. En nuestras tierras florecieron importantes y extensos estados como el Wari y, luego, el Tawantinsuyo. Durante cuatro milenios y medio, nuestros antepasados encontraron maneras de resolver sus problemas y de convivir en armonía con la rica naturaleza que la providencia les ofrecía.” (Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

Primero, se hace alusión a las culturas y sociedades precolombinas. Se destaca el desarrollo y extensión de la cultura Wari y, sobre todo, el Tahuantinsuyo. Castillo señala un desarrollo horizontal y armónico en los casi cinco milenios. Para él, las culturas de la época habían conseguido resolver los problemas, pareciese en consenso, y habían logrado adaptarse muy bien con la naturaleza. Sobre ello, en la segunda línea, Castillo usa el plural de la primera persona del presente indicativo de ser. Esto, como señala García (1987), es una forma gramatical de auto-unificarse, el locutar con el alocutario, en este caso, la población peruana. Pedro Castillo hace partícipe a la población de aquel pasado precolombino armónico que debemos recordar y atesorar antes de la ruptura. Precisamente, este acercamiento antagónico a la historia es parte de la Idea Crítica en el Perú.

“Fue así hasta que llegaron los hombres de Castilla, que con la ayuda de múltiples felipillos y aprovechando un momento de caos y desunión, lograron conquistar al estado que hasta ese momento dominaba gran parte de los Andes centrales. La derrota del incanato, dio inicio a la era colonial. Fue entonces, y con la fundación del virreinato, que se establecieron las castas y diferencias que hasta hoy persisten. Los tres siglos en los que este territorio perteneció a la corona española le permitieron explotar los minerales que sostuvieron el desarrollo de Europa, en gran parte con la mano de obra de los abuelos de muchos de nosotros.” (Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

El momento de ruptura, según Castillo, se hace visible con la llegada de los españoles. Ello comprende desde el tránsito de la armonía incaica hacia la barbarie colonizadora. En este punto, es importante resaltar que la historia previa a la llegada de los españoles que nos presenta Castillo invisibiliza cualquier característica que represente una fisura dentro de la armonía incaica. En otras palabras, no hay referencias directas a la constitución del Tahuantinsuyo sobre la guerra y la jerarquía, características ampliamente detalladas por los historiadores. Sin embargo, como lo hemos advertido a lo largo de la investigación, nuestro trabajo no busca realizar una crítica a la veracidad histórica, sino analizar la intencionalidad de la estructura enunciativa dentro del discurso. En ese sentido, Pedro Castillo nos presenta la imagen

de un pueblo unificado, significativo sobre el cual volveremos más adelante, cuya armonía sólo podía ser alterada por el extranjero antagónico.

“La represión a la justa revuelta de Tupac Amaru y Micaela Bastidas terminó de consolidar el régimen racial impuesto por el virreinato: acabó con las élites andinas y subordinó aún más a la mayoría de los habitantes indígenas de este rico país.” (Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

En este fragmento discursivo, Pedro Castillo nos presenta dos elementos importantes y significativos que volverán constantemente en su lectura histórica del Perú: la idea del país rico y la idea de las grandes mayorías. Sobre la primera aproximación, como es natural en los países de la región, se presenta una protección férrea, con fuertes tintes nacionalistas, sobre los recursos naturales. Sobre la segunda idea, Pedro Castillo apela continuamente a las mayorías, sobre todo a las desfavorecidas por las tragedias de la historia, pues es allí donde él sitúa, discursivamente, su origen, su ethos político y, en fin, su poder representativo.

“Cuarenta años después, la independencia del Virreinato del Perú de España en 1821 no trajo consigo una mejora real para la mayoría de los peruanos; los denominados aborígenes continuaron siendo explotados como ciudadanos de segunda categoría para el erario de la flamante República del Perú. Con el tiempo a la antigua comunidad afroperuana traída a la fuerza, se agregó la proveniente de China y luego del Japón, sangre que enriqueció nuestras venas, pero lleva también consigo el dolor. Estas no son historias de un pasado remoto: hasta muy avanzado el siglo XX, quienes eran señalados como “indios” seguían aportando al estado una contribución en trabajo conocida como conscripción vial, mientras en la Amazonía muchos pueblos se aislaron voluntariamente ante el avance feroz de los caucheros que impusieron regímenes de esclavitud y violencia, los que fueron ampliamente registrados en el famoso informe inglés llamado el Libro Azul.” (Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

Pedro Castillo nos presenta, en un extenso párrafo, su lectura de la historia de nuestro país desde la independencia hasta mediados del siglo XX. El fragmento discursivo resulta muy propositivo, pues afianza la idea de las mayorías desfavorecidas frente al antagonismo externo a la constitución aglutinadora de dicho grupo social, entendido desde ya como pueblo. El quiebre presente en nuestros párrafos anteriores, la conquista frente al imperio incaico, ahora es reformulado y constituido por nuevos actores: los dirigentes de la República, el Estado, los terratenientes, los caucheros, las clases acomodadas, entre otros. Esta lectura, construida sobre el antagonismo del opresor sobre el oprimido, forma parte, precisamente, de la propuesta teórica de Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart (1989): la idea crítica del Perú.

Una segunda idea importante en el fragmento citado anteriormente es la imagen que va construyendo de la identidad nacional, sobre todo, considerando los procesos de esclavitud e inmigración del siglo XIX. En ese sentido, Castillo resalta que los vínculos de identidad no sólo se fortalecieron por los lazos sanguíneos, sino también por el dolor y el sufrimiento compartido con los grandes grupos humanos indígenas y mestizos desfavorecidos desde la colonia. Dolor y sufrimiento son sustantivos usados y también adjetivados continuamente en el discurso de Pedro Castillo. Dichos significantes se anclan no sólo a una retórica que busca unificar el imaginario de los alocutarios, sino, como lo hemos señalado en el apartado teórico, forma parte de su propio ethos político (Maingueneau, 2003).

“Hasta los pasados años sesenta, muchas haciendas se vendían con campesinos adentro. Incontables peruanos seguíamos viviendo en servidumbre. Recién con la constitución de 1979, todos los adultos pudimos ejercer el derecho a voto.” (Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

El siglo XX como tal, según hemos señalado en nuestro estado de la cuestión en la sección referida a la historia de la izquierda peruana, fue la época germinante y constitutiva de la izquierda en nuestro país y en los demás Estados del mundo (González, 2011). La deuda particular de los Estados poscoloniales, según señala

Adrianzen (2011) en referencia al caso peruano, fue su incapacidad temprana para poder terminar con el sistema de explotación de castas, herencia del virreinato. Sobre ello, José Carlos Mariátegui (1928) puso en el centro de la discusión, desde una lectura marxista, el problema de la tierra como elemento medular de la desigualdad jerárquica social. Entonces, la estructura social no sólo se construía sobre la segregación racial, sino también sobre el poder de la propiedad. Las haciendas vendidas con campesinos dentro, que señala Castillo en la cita anterior, formaban parte de la dinámica social incrustada dentro del orden político y económico de la época.

“La organización popular logró avances en el acceso a derechos, proceso que se vio truncado por el golpe de estado de 1992, que sentó las bases para un recorte de derechos, un debilitamiento del Estado y para las reglas que rigen hasta hoy. Desde entonces, nuestro país ha creído en diversos gobiernos que accedieron al poder gracias al voto popular, que sin embargo defraudaron.” (Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

Ya hacia finales del siglo XX, Castillo hace alusión al gobierno de Fujimori como un momento de retroceso que marcaría el camino de nuestra historia. La alusión, naturalmente, no hace referencia sólo a la política del gobierno autoritario de Alberto Fujimori, sino, también a las medidas económicas impuestas durante su mandato y a los lineamientos políticos neoliberales. Este momento de transformación económica, establecido entre las dos últimas décadas del siglo XX, representó un elemento crucial para los procesos políticos subsecuentes. En las tesis de Paye (2016), Gidin (2016), Ulloa (2017) y Hurtado (2015) sobre los casos de Evo Morales, Cristina Fernández, Rafael Correa y Hugo Chávez respectivamente, se resalta la crítica aguda que realizan los exmandatarios contra las políticas neoliberales y los gobiernos de turno que las habían implementado.

Sobre nuestras pasadas décadas del siglo XXI, entre las idas y venidas democráticas, Castillo resalta la continuidad del sistema político, pero también vuelve a destacar la misma racionalidad histórica de toda su lectura: la decepción de un pueblo frente a sus representantes. Aún con la consolidación del sistema democrático,

con la rigidez del orden constitucional, con la separación de los poderes del Estado y los demás mecanismos democráticos contemporáneos; aún con todo ello, pareciera que el resultado histórico vuelve a repetirse burdamente. Como haciendo alusión a la célebre frase de Marx en el 18 de Brumario: “La historia ocurre dos veces: la primera vez como una gran tragedia y la segunda como una miserable farsa”. Ante esta lectura de la historia, es natural mostrar aceptación o rechazo, como precisamente se evidenció en la contienda electoral. Sin embargo, creemos que la riqueza narrativa del discurso, al margen del personaje que estamos abordando, no radica en su eficacia como instrumento político, sino en la resonancia que pueda tener en las historias íntimas.

3.2. Hacia una reivindicación de la Idea Crítica del Perú: una lectura de la historia desde abajo

“El logro más apreciable del país, el Imperio incaico, fue cruelmente destruido por un puñado de invasores. Se estableció así un orden social basado en la explotación y el abuso. Más tarde, la sublevación de Túpac Amaru acabó en la derrota y en la perpetuación de la servidumbre indígena. La Independencia fue, ante todo, una guerra civil donde la presencia de las tropas de San Martín y Bolívar fue el factor decisivo en inclinar el resultado de la lucha a favor del bando patriota. A pesar del heroísmo de muchos, la guerra con Chile se perdió y el país cedió territorios y riquezas. Finalmente, en la década de 1930 el impulso democrático dirigido por el Apra fue trabado por la oligarquía y demás fuerzas conservadoras.” (Portocarrero y Oliart, 1989, p. 84).

El profesor Portocarrero y la profesora Oliart (1989) describen de esta forma la lectura de la historia del Perú desde la idea crítica. Como podemos apreciar en la cita anterior, el párrafo pareciera una paráfrasis muy idéntica al discurso de Castillo analizado en la sección anterior. La lectura de la historia es casi la misma y el lenguaje utilizado guarda especial similitud. Sin embargo, más allá de reconocer la reivindicación de la idea crítica dentro del discurso de Castillo a través de su semejanza lingüística, creemos que lo más importante es la presencia de la racionalidad histórica dentro del discurso: el sufrimiento de los de abajo. El profesor

Portocarrero y la profesora Oliart (1989) reconocen esta racionalidad dentro de la idea crítica y encuentran sus fundamentos en las historias íntimas de aquellos y aquellas que entienden así al Perú.

“Es esta experiencia de fracasos reiterados la que constituye el trasfondo emocional de la idea crítica. El peruano es un pueblo secularmente humillado, y la primera tarea a la que debe responder una reflexión sobre su historia es explicar esta acumulación de frustraciones, que hoy en día se manifiesta en hechos tales como la debilidad de la integración social, la permanencia del abuso y la violencia, de la pobreza y el atraso.” (Portocarrero y Oliart, 1989, p. 84)

Los profesores, adelantándose más de tres décadas hacia nuestros días, nos recuerdan que las huellas históricas, más allá de borrarse naturalmente con los años, influyen en las dificultades sociales que casi tres décadas de democracia ininterrumpida no han logrado solucionar. En la sección anterior, advertimos que Pedro Castillo acostumbraba a usar los sustantivos de dolor y sufrimiento para articular sus discursos. Ahora podemos señalar que aquello no forma parte sólo de su estrategia discursiva, sino que pertenecen también a los fundamentos sociales que sostienen la legitimidad de la idea crítica dentro del imaginario social. Entonces, valdría la pena preguntarse: ¿por qué Pedro Castillo, más allá de su discurso, resulta representativo dentro de la idea crítica en el Perú? Dicha cuestión, la abordaremos en las secciones ulteriores. Además, nos gustaría resaltar que al igual que el lenguaje discursivo puede transmitir y apelar a lo sensitivo de la historia, las canciones también. Cuando Pedro Castillo inició su mitin en la plaza de Huanta cantando Flor de Retama, no sólo recordó las tragedias de los hechos históricos, sino también apeló a lo sensitivo de las personas que lo escuchaban, he ahí el canto general de la plaza.

Dado que ya hemos encontrado la similitud lingüística entre el discurso de Pedro Castillo y la idea crítica, en los párrafos siguientes nos gustaría situar, desde nuestras consideraciones teóricas, la intencionalidad del discurso político analizado. Para ello, debemos evocar por un momento el ejercicio desarrollado en el capítulo

segundo: entender la idea crítica como una cadena equivalencial cristalizada en un significante vacío. La pregunta que se desprende de esta concepción es bastante compleja y difícil de responder: ¿cuál es, entonces, el significante vacío que representa a la idea crítica en el Perú? Sobre ello, nos gustaría presentar dos consideraciones importantes. La primera, para dar cierta solución al argumento, es situar el significante vacío en aquello que comprende la lógica de la idea crítica; nos referimos, pues, a la condena perpetua. Si recordamos las citas señaladas de Portocarrero y Oliart (1989), damos cuenta de un pueblo proféticamente condenado, humillado cíclicamente por una historia que nunca dio tregua ni misericordia. En ese sentido, la propuesta de Laclau (2005) resulta muy propositiva para pensar la constitución de la idea crítica, sin embargo, el carácter histórico de esta sobrepasa ampliamente los elementos de análisis que hemos detallado anteriormente. Lo que no es posible negar, y en esto es fundamental el trabajo del teórico argentino, es que la idea crítica ha generado una identidad popular, un pueblo.

Precisamente por ello consideramos que el discurso de Castillo tiene poder representativo en algunos sectores, aquellos donde aún se reproduce la lógica de una condena, donde persiste la idea crítica. La segunda opción es reconocer con honestidad que no alcanzamos a comprender la profundidad de todo aquello que representa la idea crítica. Es decir, gracias al trabajo del profesor Portocarrero y la profesora Oliart, conocemos las coordenadas de cierta lectura de la historia del Perú, la idea crítica, pero no sabemos más. Consideramos, y esta es una idea bastante antigua, que hay una imposibilidad por comprendernos. Si bien esta investigación no se ocupa por estudiar asiduamente la resonancia del discurso de Pedro Castillo, fueron fácilmente observables las muestras de desprecio a su candidatura. Justamente, es por ello que Marco Avilés (2021) señala que la imagen de Castillo, la imagen del “cholo”, resultaba tan aversiva para gran parte de la sociedad limeña acomodada. Creemos que parte de ello también habita en el rechazo capitalino a su discurso, aquel discurso “sin contenido” que era recalcitrantemente rechazado en la capital, pero era, a su vez, tan cálidamente recibido en la sierra.

3.3. Sobre lo antagónico: entre el sufrimiento histórico y la corrupción.

Señalaban los intelectuales posestructuralistas del siglo XX que cualquier constitución, sea lingüística, ideológica o identitaria, se formulaba diferencialmente. Esta perspectiva, heredada de la teoría lingüística de Ferdinand de Saussure sugiere que los conceptos e identidades, al igual que los significantes en el lenguaje, se constituyen a sí mismos por aquello que no son, es decir, en la negación (Laclau, 2005). La propuesta del teórico argentino que hemos revisado previamente, quien dedicó mucho tiempo y espacio al estudio del populismo dentro de sus investigaciones, sugiere que los movimientos sociales, articulados dentro de una cadena de equivalencia o demandas, constituyen su identidad diferencial y en tanto excluyen a un otro. Esta apuesta conceptual, desarrollada en nuestro marco teórico, combate cualquier concepción esencialista de la identidad.

En la presente sección nos ocuparemos de analizar y recoger algunas expresiones discursivas de Pedro Castillo que dejen de manifiesto su oposición y condena hacia algunas ideas, prácticas o actores, es decir, su negación. Lo que buscaremos en los siguientes párrafos es identificar las coordenadas conceptuales de las que Castillo busca es alejarse y diferenciarse. Esto es importante, pues nos permite entender, considerando la propuesta teórica posestructural, dónde se sitúa Pedro Castillo y cómo él se autopercibe. Asimismo, veremos cómo esta construcción de su propio antagonismo no sólo se reduce a la negación y condena de problemáticas sociales contemporáneas, sino que también se inscribe dentro de la racionalidad histórica de la idea crítica.

“El poder político tiene que estar supeditado al poder popular. Pero, desgraciadamente, hemos tenido artículos, capítulos y títulos en la Constitución que se han hecho a la talla y peso de los que han saqueado este país, los que siguen robando esta Patria.” (Discurso de Pedro Castillo en Huanta-Ayacucho, 20 de mayo de 2021)

“Compañeros, acabemos primero con la corrupción en todos los pueblos. Existe un grito a los cuatro vientos en esta patria: ¡Hay que terminar con la corrupción! Está corrupción ha lastimado enormemente la mente de los niños y

la mente de los jóvenes. La corrupción ha robado el sueño de tu pueblo; ha robado la educación del país; ha robado el agua de los lugares más profundos (...)." (Discurso de Pedro Castillo en Juliaca, 2 de junio de 2021)

El elemento que condena continuamente Pedro Castillo en su discurso es la corrupción. La corrupción, según Castillo, posee dos dimensiones importantes. Primero, sobre su ubicación, esta radica dentro del mismo Estado y se materializa en las leyes de la Constitución. Esta lectura, beligerante en un Estado de derecho, guarda sus raíces dentro de la década de los 90, precisamente con la Constitución de 1992. Por lo tanto, la propuesta de la formación de una Asamblea Constituyente y la redacción de una nueva Constitución son elementos que responden a dicho paradigma político. En este punto, es importante resaltar que la lucha contra la corrupción es una herramienta discursiva comúnmente utilizada por todos los aspirantes políticos, debido a los altos índices de desaprobación social que poseen los representantes de los poderes del Estado por escándalos de corrupción.

La segunda dimensión de la corrupción que nos presenta el discurso de Castillo refiere al impacto de esta en la población. Castillo sugiere que la corrupción no sólo afecta la integridad y la imagen del Estado, sino que también perjudica la vida misma de cada persona. En este sentido, como bien señala la cita anteriormente destacada, la corrupción se infiltra en la educación, en la mente, en las obras públicas e, incluso, en la disposición de los recursos naturales, haciendo referencia a las actividades extractivas. Sobre ello, es importante señalar que, al parecer, la crítica de Pedro Castillo va dirigida, principalmente, hacia los actores que infringieron la ley y representan o representaron al Estado, mas no, contra la naturaleza misma del sistema.

El punto anterior, la crítica a los actores y no necesariamente al sistema, es una diferencia notable con los elementos discursivos antagónicos en las propuestas de los líderes del giro a la izquierda. En las tesis de Paye (2016), Gidin (2016), Ulloa (2017) y Hurtado (2015), revisadas anteriormente, sobre los casos de Evo Morales, Cristina Fernández, Rafael Correa y Hugo Chávez respectivamente, se nos muestra un

marcado discurso contra el neoliberalismo o el capitalismo internacional. Ambos significantes se van construyendo dentro de cada discurso de acuerdo a las particularidades de los diferentes países. Sin embargo, lo que comparten todos los líderes y lideresas es la crítica hacia el sistema mismo, contra las políticas neoliberales y en favor de un capitalismo nacional. En el caso del discurso de Pedro Castillo, esto no es fácilmente perceptible. En cambio, encontramos una crítica a actores individuales sin nombre que actuaron bajo beneficio propio.

“Compañeros, no puede haber sueldos dorados. Fiscales con tremendo sueldo, congresistas con tremendo sueldo, ministros con tremendo sueldo. Presidentes que han robado al país están con sueldos vitalicios, y hay niños con plomo en la sangre. Poblaciones reclamando derechos en pleno friaje. ¿Por qué tremenda desigualdad, compañeros? ¿No es indignante, compañeros? Por eso es necesario que el pueblo participe en la próxima Asamblea Nacional Constituyente (...) lo que vamos a hacer es dar la oportunidad al pueblo para terminar con el abuso de los bancos usureros que aprovechan y se mantienen con la fuerza de los hermanos trabajadores.”

(Discurso de Pedro Castillo en Juliaca, 2 de junio de 2021)

En el fragmento discursivo anterior, Castillo pone en manifiesto su oposición frente a la desigualdad salarial entre los representantes del Estado y los trabajadores. Sobre la cita, creemos que es importante destacar dos elementos. Primero, la situación salarial de los funcionarios del Estado, si bien corresponde a las disposiciones legales del sistema, no es fruto de las dinámicas comerciales. Es decir, los funcionarios no tienen injerencia en la asignación de su sueldo, pero pueden disponer de él como cualquier otro ciudadano. Segundo, lo interesante de la cita es la lectura que hace Pedro Castillo sobre la naturaleza del Estado. Su discurso sugiere que el Estado y sus funcionarios públicos deben tener cierta similitud con la realidad de las mayorías a las que él alude. Es decir, a la concepción de pueblo que él, junto a la idea crítica, representan.

Los discursos de Pedro Castillo nos muestran una naturaleza particular del Estado. Sobre ello, como veremos más adelante, él rechaza cualquier concepción del

Estado que no incluya una articulación y semejanza profunda con la sociedad. Por ello, Castillo se reafirma como la representación de la primera vía que llevará al pueblo al poder, es decir, al Estado. Esta lectura de la realidad institucional, más allá de si resulta agradable o no para los manuales de ciencia política, fue y es apoyada y compartida por algunos sectores sociales. La idea de la recuperación del Estado creemos que no se funda en la conquista del poder, sino sobre la necesidad de tener un Estado que siempre estuvo ausente. Asimismo, creemos que esta concepción del aparato estatal deriva también de la cosmovisión andina. Es decir, una forma de entender lo institucional, no desde las mismas instituciones, sino de la relación entre la sociedad y las mismas. Esta caracterización, que naturalmente es distinta en la capital y en las urbes desarrolladas, es un punto más de referencia para dar cuenta de lo difícil que es comprender a cierto Perú.

“Queridos compatriotas, debo decirles que yo no gobernaré desde la Casa de Pizarro, porque creo que tenemos que romper con los símbolos coloniales para acabar con las ataduras de dominación que se han mantenido vigentes por tantos años. Cederemos este palacio al nuevo Ministerio de las Culturas para que sea usado como un museo que muestre nuestra historia, desde sus orígenes hasta la actualidad.” (Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

Este breve recorrido por los elementos antagónicos que constituyen el discurso de Pedro Castillo termina con el que consideramos el más importante: la racionalidad de la idea crítica. Ya hacia los últimos párrafos del discurso de asunción de 28 de Julio, Pedro Castillo señala que abandonará la Casa de Pizarro para romper con los recuerdos coloniales. Esta ruptura, naturalmente simbólica, se sitúa dentro del paradigma de la idea crítica. Castillo sugiere aquello que los profesores Portocarrero y Oliart (1989) nos presentaban en su libro: la necesidad de reconceptualizar una nación sobre sus raíces históricas profundas y mucho más lejos de occidente. Por ello, consideramos que los elementos antagónicos dentro del discurso de Castillo: la corrupción, la exclusividad del Estado y los actores económicos son símbolos contemporáneos de la idea crítica en el Perú. Seguimos escribiendo la historia desde

abajo. La lógica de la idea crítica, que definimos en párrafos anteriores como la condena perpetua, está especialmente presente en la escisión que visibiliza Castillo.

3.4. ¿Quién es Pedro Castillo?: una aproximación hacia el ethos político.

Finalmente, ya hacia el término de nuestra sección de análisis de discursos, nos ocuparemos de intentar construir el ethos político que muestra Pedro Castillo en los contextos enunciativos. Como habíamos detallado anteriormente, Maingueneau (2003) señala que el ethos político es la representación del garante dentro del momento de enunciación. Es decir, la forma como Pedro Castillo se muestra frente a sus alocutarios. Esta concepción de Castillo, naturalmente subjetiva, está entrelazada también con su historia personal, al margen del personaje político que postuló y ganó las elecciones presidenciales de 2021. A continuación, revisaremos un conjunto de fragmentos discursivos que nos permitan entender aquellas características que buscaba situar en el centro de su representación Pedro Castillo.

“Quiero que sepan que el orgullo y el dolor del Perú profundo corren por mis venas. Que yo también soy hijo de este país fundado sobre el sudor de mis antepasados, erguido sobre la falta de oportunidades de mis padres y que a pesar de eso yo también los vi resistir. Que mi vida se hizo en el frío de las madrugadas en el campo y que fueron también estas manos de campo las que cargaron y mecieron a mis hijos cuando eran pequeños. Que la historia de ese Perú tanto tiempo silenciado es también mi historia. Que yo fui ese niño de Chota que estudió en la escuela rural N10475 del caserío de Chugur. Que hoy estoy aquí para que esta historia no sea más la excepción.”

(Discurso de asunción del presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.1)

Un vibrante fragmento que resume, sin mucha premura, la historia de vida de Pedro Castillo. De esta forma, el entonces presidente del Perú cerraba la introducción de su primer mensaje a la nación. Entre palmas y silencios prolongados en el Congreso, Castillo repetía aquellas características que habían sido su consigna política más fuerte durante toda su campaña electoral: los avatares de su vida. Con su sombrero de palma, el cual lo había acompañado en cada momento de la contienda electoral, se presentaba como un vecino más, un cajamarquino que había

desempeñado uno de los honores más altos dentro de nuestro país, sobre todo, en las zonas rurales: ser maestro. Hijo de una familia muy humilde de la provincia de Chota, resaltaba en sus discursos que, a diferencia de los demás candidatos y candidatas, él no conocía la realidad sólo por las crónicas y los libros, sino porque él mismo había sido partícipe de los hechos. Como señalaba Marco Avilés (2021), era la sencillez y su procedencia las que despertaban pasiones representativas y odios recalcitrantes.

“Acá estamos, más valientes y más fuertes. Con esa fuerza con la que hemos defendido la lucha del magisterio en las calles. Con ese mismo coraje, hoy rescataremos esta patria ¡Hoy vamos a levantar este país!” (Discurso de Pedro Castillo en Huanta-Ayacucho, 20 de mayo de 2021)

“(…) porque estos problemas no pueden seguir así. Nosotros que hemos luchado con los maestros. Los ronderos que hemos luchado defendiendo el medio ambiente, defendiendo el derecho constitucional de la educación ¡Nosotros no tenemos hambre de poder! (…)” (Discurso de Pedro Castillo en Juliaca, 2 de junio de 2021)

Pese a la fuerza representativa de su vida, Pedro Castillo no sólo nos recordaba su trabajo en el campo y en las aulas de primaria del caserío de Chugur, sino que también rememoraba su carácter político dentro del magisterio. En el 2017, Pedro Castillo sería uno de los líderes que encabezó la huelga magisterial de profesores. Al margen de la justificación de sus actos y de las consignas de las protestas, la huelga consiguió importantes objetivos políticos. Castillo, un entonces desconocido profesor chotano, recibió el reconocimiento del Congreso y logró, junto al SUTEP, desestabilizar al gobierno de Pedro Pablo Kuczynski. Su origen campesino estuvo acompañado también por su trayectoria como sindicalista y dirigente gremial. Ese era el Pedro Castillo que se presentaba en las elecciones, como haciendo justicia a la idea crítica en el Perú, era un peruano nacido en la pobreza, cuya infancia había sido marcada por la desigualdad y cuya adultez embistió contra los grandes paradigmas sociales y políticos.

“Esta vez un gobierno del pueblo ha llegado para gobernar con el pueblo y para el pueblo, para construir de abajo hacia arriba. Es la primera vez que nuestro país será gobernado por un campesino, una persona que pertenece como muchos de los peruanos a los sectores oprimidos por tantos siglos. También es la primera vez que un partido político formado en el interior del país, gana las elecciones democráticamente y que un maestro, más precisamente un maestro rural, es elegido para ser presidente Constitucional de la República. Es difícil expresar el altísimo honor que esto significa para mí.” (Discurso de asunción del Presidente de la República, Pedro Castillo, 2021, p.4)

Consideramos que este último fragmento logra aglutinar la propuesta política de Pedro Castillo, su lectura del Perú y su identidad. “Construir de abajo hacia arriba”, precisamente, en ello radica la deuda histórica que reclama la idea crítica en el Perú. Castillo reafirma las identidades que considera más representativas al ocupar el cargo más alto dentro de nuestro país: ser campesino y maestro rural. Justamente, la frase que se transformó en su imagen de campaña: “Palabra de maestro”, no sólo reclama para sí la nobleza de la profesión, sino, sobre todo, apela al honor y honra que implica ser maestro en las zonas rurales. Finalmente, nos gustaría volver sobre una pregunta que dejamos párrafos más atrás: ¿Por qué, entonces, Pedro Castillo resulta representativo dentro de la idea crítica en el Perú? Creemos que la respuesta no se sitúa en los márgenes discursivos de su lenguaje, sino en él mismo como ser humano.

*La sangre del pueblo
Tiene rico perfume;
La sangre del pueblo
Tiene rico perfume;
Huele a jazmines, violetas,
Geranios y margaritas; A
pólvora y dinamita.
Huele a jazmines, violetas,*

Geranios y margaritas; A

pólvora y dinamita

¡Carajo!

¡A pólvora y dinamita!

¡Ay, carajo!

¡A pólvora y dinamita!

(Canción Flor de Retama, de Ricardo Dolorier Urbano, cantada en el mítin de Pedro Castillo en Huanta-Ayacucho, 2021).

Con estas líneas, probablemente con su canción más reconocida y recordada, Martina Portocarrero daba término al cierre de campaña de Pedro Castillo, el 3 de junio de 2021. Pero esta vez no desde su querida Huanta, sino en el corazón mismo de Lima, en la Plaza 2 de Mayo. Las personas que habían inundado la plaza coreaban la canción con especial melancolismo. Como si esa gran plaza limeña formará parte de un pedazo de Ayacucho. La canción, que había acompañado en toda la travesía electoral a Pedro Castillo, aquel día cerraría su viaje. La letra, fuerte y cruda, volvía a resonar en la intimidad de la capital, al igual que en Huanta y Juliaca. Como si el sufrimiento y la frustración, que nos recordaba el profesor Portocarrero y la profesora Oliart, lejos de irse, se situaran una vez más en la voz quebrada al cantar.

Conclusiones

Señalaba Teun Van Dijk (1999), que ningún escritor podría discriminar su subjetividad de su trabajo académico. Para el lingüista neerlandés, esta perspectiva, lejos de ser un obstáculo en la producción intelectual, era la expresión que reafirmaba nuestra humanidad, aún en los espacios íntimos de racionalidad. El análisis del discurso es, precisamente, una de las herramientas, de naturaleza interdisciplinaria, que busca poder conocer y acercarse a la complejidad del ser humano desde su lenguaje. Este análisis no busca limitar al sujeto a las interpretaciones discursivas, sino, viéndolo desde la otra acera, entender su contexto, su público, alguna intencionalidad y los significados que usa. Por ello, el presente trabajo ha buscado situarse dentro de esa posición, sin determinismos conceptuales, ni interpretaciones hegemónicas.

Además de ello, creemos que es importante terminar este trabajo resaltando una de las conclusiones más amplias que hemos buscado defender. Recogía José Carlos Agüero (2015) en su texto, “Los rendidos: sobre el don de perdonar”, un fragmento del profesor Carlos Ivan Degregori sobre la intencionalidad profunda de los senderistas: “eso nos falta, comprenderlos, por qué lo hicieron, es decir, no las explicaciones generales, esas ya las sabemos más o menos, sino entender a las personas, a Juan, a María, es lo que no alcanzo a comprender...”. Y se frustraba, como yo, como tantos otros.” (p. 57). Sin intención alguna de comparar nuestros casos de estudio, nos gustaría reafirmar la idea general del profesor Degregori: pese a comprender las explicaciones y factores generales no es posible entender, a ciencia cierta, la profundidad del otro. Por ello, nuestra investigación fue un intento académico de acercarse, a través de sus discursos políticos, a la identidad política de Pedro Castillo. Considerando la complejidad del ser humano, descartamos cualquier posesión hegemónica de la verdad. Señalaba Emmanuel Levinas (1961) que el fin no es poseer al otro, sino acercarnos a él y reconocer el valor de su alteridad.

A continuación, nos gustaría volver a recoger algunas aproximaciones conceptuales importantes y enmarcar las conclusiones generales de nuestro análisis discursivo. En la sección inicial del primer capítulo nos ocupamos de recopilar algunas

tesis que habían analizado los discursos políticos de líderes y lideresas que conformaron el proceso denominado: “giro a la izquierda”. La intención de esta sección radica en enmarcar los discursos dentro de una misma región que, pese a las particularidades históricas de cada país, aún comparte la tragedia colonial y muchos de los problemas contemporáneos. Así pues, varios de los elementos discursivos que recogen las tesis que analizan a los diferentes líderes y lideresas (Evo Morales, Cristina Fernández, Rafael Correa y Hugo Chávez) guardan especial similitud entre sí: la crítica al modelo económico, al establishment, al antagonismo histórico, entre otros. En las secciones siguientes del primer capítulo, nos ocupamos de abordar, brevemente, la historia de la izquierda peruana, sobre todo en el siglo XX; y propusimos una primera lectura de una de las aportaciones teóricas más importantes que ha guiado este trabajo: la idea crítica en el Perú.

El segundo capítulo comprende nuestro marco teórico y nuestra propuesta conceptual. En este punto, nos gustaría volver únicamente sobre dos conceptos que consideramos muy importantes dentro de nuestro análisis, sobre la propuesta Laclau volveremos al final de estas conclusiones: la identidad y el ethos. Primero, según detallamos de la propuesta de Stuart Hall (1996), la identidad era un concepto que necesariamente debía estar sujeto a borradura. Las críticas posestructuralistas habían logrado alejar del concepto cuando concepción esencialistas. Este fue nuestro primer punto de partida teórico del presente trabajo: descartar cualquier tipo objetivación positivista sobre la identidad. Sin embargo, pese a su naturaleza conceptual inestable, la idea misma de la identidad es indispensable para pensar cualquier caso de estudio que involucre a algún sujeto. Por ello, los aportes de la sociología, la antropología, la filosofía y, quizá con mayor relevancia vanguardista durante el siglo XX, el psicoanálisis son fundamentales para tener una perspectiva un poco más clara de la complejidad del ser humano sin ninguna intención reduccionista.

Segundo, con especial interés en nuestro caso de estudio y en nuestra metodología de análisis, el ethos político nos permite conocer al personaje en el momento específico de enunciación del discurso. Dominique Maingueneau (2003) señala que el ethos es la representación del garante dentro del contexto discursivo. Su concepción abarca, desde las características cognitivas que lo constituyen hasta

símbolos materiales que usa y reclama como propios. Esta articulación entre el personaje y los alocutarios es una relación subjetiva que involucra la historia de vida de cada persona. Es decir, la representación que un personaje pueda tener dentro de un grupo de personas en un momento de enunciación está anclada a las concepciones previas que dicho grupo haya constituido complejamente en el transcurso de su vida sobre las características que dicho personaje busca convocar. Sobre nuestro caso de estudio, la reacción frente al poder simbólico que tenía Castillo en las zonas rurales es muy distinta en comparación con otros sectores de la sociedad.

En nuestro último capítulo nos embarcamos en la tarea de revisar y analizar los discursos de Pedro Castillo para poder construir la identidad política que él nos mostró en los límites temporales que propone este trabajo. Sobre ello, nos gustaría volver a recoger dos ideas que consideramos medulares para entender la articulación del discurso de Pedro Castillo. Primero, según detallamos en la primera sección del capítulo, el ya entonces Presidente de la República nos mostraba su lectura específica de la historia del Perú. Una lectura encallada en las tragedias de los relatos y la traición de los opresores. Aquella prepotencia del destino, o quizá nuestra injusta mala suerte, nos orilló a repetir indefinidamente el sufrimiento que ya llevaban en sus espaldas las generaciones pasadas. Desde la derrota del Tahuantinsuyo, pasando por la barbarie del virreinato, la esclavitud del siglo XIX, la discriminación y deposición contra los pueblos marginados del siglo XX hasta la incapacidad representativa de los presidentes democráticos, la historia, según Castillo, siempre volvía a repetirse.

Sin embargo, no era el maestro chotano el constructor vanguardista de tan vigoroso discurso. El profesor Gonzalo Portocarrero y la profesora Patricia Oliart (1989) nos habían presentado, a través de su trabajo académico, ya hacía más de tres décadas atrás, el análisis de un conjunto de textos educativos, relatos y testimonios de personas que habían vivido y crecido durante el conflictivo siglo XX. Dicho trabajo recogía la misma lectura del Perú que 32 años después, frente a más de 33 millones de peruanos y peruanas, Pedro Castillo narró en su mensaje presidencial. Esta narración específica de la historia, los profesores la conceptualizarían en su libro como: la idea crítica en el Perú, una lectura de la historia desde abajo. Según señalaba Portocarrero y Oliart (1989) en alguna cita de su libro, los peruanos y peruanas fuimos

y somos una población ahogada en la frustración de las injusticias de la historia. Esa frustración, heredada largamente desde el virreinato, nos impide ver la historia sin antagonismo.

La segunda idea sobre la que nos gustaría volver es la representación de Pedro Castillo dentro de la idea crítica. ¿Por qué el discurso de la idea crítica en el Perú tuvo tanto valor simbólico dentro de la voz de Pedro Castillo? En este punto, es importante precisar que la idea crítica no es una lectura hegemónica de la historia del país. Sin embargo, consideramos que también es difícil situar a los grupos sociales que comparten esta idea, podríamos pensar en sectores rurales, obreros, partidarios, pero también en intelectuales y políticos. Frente a ello, Pedro Castillo representaba un conjunto de características identitarias que lo situaban dentro del mismo discurso crítico; había sido un campesino, maestro rural, sindicalista y dirigente político. Las palabras que constituían su discurso pertenecían también a su historia de vida y sus recuerdos. La canción “Flor de Retama”, cuyos fragmentos hemos recogido en nuestro capítulo anterior, estuvo presente en tres de los cuatro discursos que hemos analizado. Su letra, escrita sobre el pasado y la tragedia de Huanta, parecía guardar cierta frescura amarga contemporánea que era coreada por Castillo y las personas que lo escuchaban.

Referencias bibliográficas:

Adrianzen, A et al; (2011). "Apogeo y crisis de la izquierda peruana. Hablan sus protagonistas". Universidad Antonio Ruiz de Montoya.

Althusser, Louis (1970). Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Argentina. Ediciones Nueva Visión.

Arias, W. (2017). "La política económica de los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner en comparación con el peronismo clásico". Universidad de San Andrés. Departamento de Economía.

Asensio, R et al, (2021). "El profe. Cómo Pedro Castillo se convirtió en presidente del Perú y qué pasará a continuación". Instituto de Estudios peruanos.

Avilés, M. (2021). "Pedro Castillo podría vencer a la derecha peruana, pero no a su racismo". The Washington Post.

Ayala, A. (2014). "Análisis evolutivo del discurso del Presidente Rafael Correa en los enlaces presidenciales". Facultad de Ciencias Sociales y Comunicación. UIDE. Quito Campus Norte.

Basabe, S. (2013). "Rafael Correa: el antes y el después de la política ecuatoriana". Iberoamericana.

Béjar, H. (1969) "Perú 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera". Lima: Campodónico.

Bonfiglio, G. (1988). "PORTOCARRERO, Gonzalo; OLIART, Patricia, 1989. El Perú desde la Escuela". Ediciones Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 236 pp. Apuntes.

Revista De Ciencias Sociales, (23), 179-183.
<https://doi.org/https://doi.org/10.21678/apuntes.23.281>

Cala, Gustavo (2012). Althusser y la teoría de la ideología. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Cameron, Maxwell A. (2009). "El giro a la izquierda frustrado en Perú: el caso de Ollanta Humala". Convergencia. Revista de Ciencias Sociales, 16() ,275-302.

Cardoso. F y Faletto, E. (1969). Dependencia y desarrollo en América Latina. Siglo veintiuno editores.

Cardozo, R. (2006) "Evo Morales en Bolivia: primeros paso". Ciencia y Cultura, núm. 18, julio, 2006, pp. 81-85. Universidad Católica Boliviana San Pablo.

Cassany, D. (1999). "Lo escrito desde el análisis del discurso". Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, pp. 213-242.

Casullo, M. E. (2019). Líder, héroe y villano: Los protagonistas del mito populista. Nueva Sociedad, 282, 57–68.

Cheresky, I. (2004). "Cambio de rumbo y recomposición política en Argentina Néstor Kirchner cumple un año de gobierno". Université du Québec à Montréal.

Copa, M, (2017) "Fausto Reinaga: Pensamiento y Liberación India Aymaraquechua en los Andes". Rev. Direito e Práx., Rio de Janeiro, Vol. 08, N. 4, 2017, p. 3255-3266.

Cortés, R. (2008). "Análisis de la estrategia discursiva de Hugo Chávez de cara a la creación del PSUV". Disertaciones. Vol. 1, N° 1.

Cunha Filho, C. (2014). "El 'proceso de cambio' en Bolivia: un balance de ocho años". T'inkazos. Revista Boliviana de Ciencias Sociales, núm. 35.

De la Torre, C. (2009). Populismo radical y democracia en los andes. Journal of Democracy en Español. 1, 24-37

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10512244012>

Eguren, M. y Belaúnde, C. (2012) "De lo colectivo a lo individual: las relaciones Estadosociedad según la escuela peruana a inicios del nuevo siglo". Lima, IEP, Documento de Trabajo, 171, Serie Educación, 5.

Fair, F. (2009). "La década menemista: luces y sombras". Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Fairclough, Norman (1992). "Approaches to Discourse Analysis". En Discourse and Social Change. Cambridge: Polity Press. 12-36.

Farrán, Roque (2017). La Filosofía, Práctica entre Prácticas. Ideología, Verdad y Sujeto en Foucault Y Althusser. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. Universidad Nacional de Córdoba

Flores, R. (2017). "Etnización progresiva del discurso del presidente de Bolivia, Evo Morales". Quito, 234 p. Tesis (Maestría en Estudios de la Cultura. Mención en Comunicación). Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Área de Letras y Estudios Culturales.

Gidin, I. (2016). "La construcción discursiva de la identidad política de Cristina Fernández de Kirchner durante su primera presidencia (2007-2011)." Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

<https://elsudamericano.files.wordpress.com/2013/06/karl-mannheim-ideologia-y-utopia.pdf>

- Hurtado, H. (2015). "Una mirada al discurso populista de Hugo Chávez: tensiones entre la ruptura y la tradición". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 66.
- Kornblith, M. (2003) "Del puntofijismo a la quinta República: elecciones y democracia en Venezuela". *Colombia Internacional*, núm. 58, julio-diciembre, 2003, pp. 160-194.
- León, F., et al. (2011). "El discurso político en Latinoamérica. Análisis semántico-pragmático". Vol. 8, N° 15, pp. 11 – 35. Universidad del Zulia.
- López Maya, M. (2008). *Venezuela: Ascenso y gobierno de Hugo Chávez y sus fuerzas bolivarianas*. 190, 11–53.
- Mannheim, Karl (1940). *Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica. México
- Martín-Mayoral, F. (2009). "Desde los años 50 hasta el gobierno de Rafael Correa". *Nueva Sociedad. NUSO N° 221*.
- Mendizábal, R. (2019). "Análisis del discurso en Latinoamérica: un estado de arte". *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación N° 139*. (Sección Tribuna, pp. 1566).
- Mouffe, C. (1993). *El retorno de lo político: Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Paidós Estado y Sociedad. Barcelona
- Mudde, C., & Kaltwasser, C. R. (2019). *Populismo: Una breve introducción* (M. J. E. Tercero, Trans.; Edición: 1). Alianza Editorial.
- Murillo, M. V. (2018), *La historicidad del pueblo y los límites del populismo*. *Nueva Sociedad* (274), 165–175.
- Navia, P. (2003). "Partidos políticos como antídoto contra el populismo en América Latina". *Revista de Ciencia Política*, XXIII, (1), 19-30.
- Novaro, N. (2010). *Historia de la Argentina. 1955-2010*". Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Núñez, C. (2020). "El análisis crítico del discurso como método para los estudios sobre el tiempo. Caso: Los zapatistas y su configuración de futuro". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas. Época III*. Vol. XXVI. Número 51 Colima, pp. 115-150.
- Pachano, S. (2008). "El precio del poder: izquierda, democracia y clientelismo en Ecuador". *Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso, Ecuador*.
- Palacios Díaz, D. et al. (2019). "Análisis Político de Discurso: Herramientas conceptuales y analíticas para el estudio crítico de políticas educativas en tiempos de reforma global." *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*. Vol. 27, N° 47.

Paye, J. (2016). "Análisis del discurso de Evo Morales en las Naciones Unidas en septiembre de 2013: Protagonismo ficticio que interpela ideológicamente para polarizar el contexto y castigar simbólicamente a los "dueños del mundo"". Universidad Mayor de San Andrés.

Roberts, Kenneth. (2017). Variedades de capitalismo y subtipos de populismo: las bases estructurales de la divergencia política. Revista SAAP. Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político, vol. 11, núm. 2, pp. 227-240.

Ulloa, C. (2013). "Discurso político de los gobiernos bolivarianos". Cuestiones Políticas Vol. 29. N° 50.

Ulloa, C. (2017). "El populismo en escena. ¿Por qué emerge en unos países y en otros no?" Quito: FLACSO Ecuador.

Van Dijk, T (2005). "Ideología y análisis del discurso". Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social / ISSN 1315-5216. CESA - FCES - Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela.

Van Dijk, T. (1999). "El análisis crítico del discurso". Anthropos, Barcelona.

Van Dijk, T. (2002). "El análisis crítico del discurso y el pensamiento social". Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social. N° 1, primavera, pp. 18-24. Universitat Autònoma de Barcelona. España.

Vergara, A. (2021). "Alberto Vergara: "En Perú estamos ante los mecanismos de la posverdad preparando un golpe de Estado electoral / Entrevistado por Eliezer Budasoff". El País.

Weyland, K. (2001). Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics. Comparative Politics, 34(1), 1-22.

Zizek, Slavoj (2010). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

<https://joacamillopenna.files.wordpress.com/2013/08/zizek-el-sublime-objeto-de-la-ideologia.pdf>

Laclau, Ernesto. (2005). "Le bon: Representación y sugerencias distorsionadas". En La razón populista. Verso, London 2005.

Portocarrero, G. y Patricia, O. (2021) "El Perú desde la escuela". Segunda edición. Universidad del Pacífico.

Maingueneau, D. (2003). "Los términos clave del análisis del discurso". Nueva Visión, Buenos Aires.

Hall, S. y Du Gay. P. (1996). "Cuestiones de identidad cultural". Amorrortu editores. Buenos Aires.